

# EL TEATRO.

---

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

## OTRO GALLO LE CANTARA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

# CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALEA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antaño.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegación y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar después de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.

¡Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empuñe un marido!  
Con razón y sin razón.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á enchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Cutilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Dendas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el miriñaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragón.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El silio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.

El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español en las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.  
Taltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el  
alijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Médicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfeciones.

Jaime el Barbudo.  
Juan Sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los nerviosos.  
Los amantes de Chinchon

Lo mejor de los dos.  
Los dos sargentos.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de las cosas.  
La hija del rey loco.  
Los extremos.  
Los dedos huéspes.  
Los éxtasis.  
La posdata de un cartón.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de ruel.  
La verdad en el pecho.  
La banda de la ciudad.  
La esposa de Sargento.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de Sarmiento.  
Las flores de Beldad.  
Las aparrencias.  
Las guaceras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bollo.  
La libertad de prensa.  
Los Archiduques.  
La escuela de los milagros.  
La escuela de los errores.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de Calcuta.  
La ninfa Iris.  
La dicha en el bilajero.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Canchito.  
La cruz del misionero.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en África.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castella.  
La calle de la Miseria.  
Los pecados del padre.  
Los infieles.  
Los moros del Rio.  
La segunda cenicienta.  
La peor cuña.  
La choza del almirez.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicario.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Colar.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
Las sisas de mi mujer.  
Dieven hijos.  
Las dos madres

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrino.  
Martin Zurbano.

OTRO GALLO LE CANTARA.

708125071000

# OTRO GALLO LE CANTARA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON ENRIQUE ZUMEL.**

Representada por primera vez en el teatro del Circo en  
Octubre de 1865.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO. 18.

1865.

PERSONAJES.

---

ACTORES.

---

MATILDE.....	SRA. D. <sup>a</sup> ADELAIDA ALVAREZ.
DOÑA ANDREA. ....	SRA. D. <sup>a</sup> EMILIA DANSAN.
LUCIA.....	SRA. D. <sup>a</sup> ADELAIDA ZAPATERO.
EDUARDO. ....	SR. D. JUAN CATALINA.
DON MARIANO.....	SR. D. FRANCISCO OLTRA.

---

La escena pasa en Madrid y en nuestros días.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contrajos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á DON JOSÉ GARCIA TABOADELA,

Recuerdo de la verdadera amistad que le profesa

*El Autor.*

Digitized by the Internet Archive  
in 2018 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill



---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala adornada con lujo; pero se notará en ella desarreglo; velador con bastidor de bordar, y avios de hacer crochet; piano á la izquierda en segundo término; mesa con papeles y recado de escribir á la derecha; un cepillo en la mesa; un plumero de limpiar el polvo, en una silla; en otra un abrigo de señora. Al alzarse el telon aparece doña Andrea vestida de calle, con abrigo y sombrero, abrazando á Matilde, que estará de casa.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANDREA y MATILDE.

- MATILDE. ¡Con qué gusto, madre mia,  
hoy te estrecho entre mis brazos!
- ANDREA. ¡Hija del alma! (Besándola conmovida.)
- MATILDE. ¡Es posible  
que en seis meses que han pasado  
me hayas guardado rencor?
- ANDREA. Tú no conoces el daño  
que al corazon de una madre... (Llorando.)
- MATILDE. ¿Qué es eso? ¿Ya estás llorando?
- ANDREA. ¡Te saliste con tu empeño  
de casarte con Eduardo!  
¡Al banquero despreciaste!  
Tan buen partido!... y al cabo,

porque yo no consentia...

MATILDE. ¡Mamá!

ANDREA. ¡Te depositaron!  
¡Te sacaron de mi casa,  
mientras yo anegada en llanto!...

MATILDE. ¿Vamos, á qué recordar?...

ANDREA. Es que yo...

MATILDE. Me has perdonado,  
y todo se ha concluido.  
Pronto ha de venir Eduardo,  
y te pedirá perdon;  
verás; es muy buen muchacho:  
me quiere mucho.

ANDREA. ¡Lo creo!

¿Y tú también?...

MATILDE. ¡Pues es claro!

Me casé porque le amaba:  
si no, ¿te hubiera yo dado  
el disgusto?...

ANDREA. ¿Y en seis meses  
no has tenido algunos ratos  
de arrepentimiento?

MATILDE. ¡Yo!

ANDREA. ¿Cuentas con lo necesario  
para vivir con holgura?

MATILDE. Yo no ambiciono un palacio;  
tengo un cuarto... decentito;  
una criada...

ANDREA. (Mirando en derredor.) (¡Buen cuarto!)  
Y los muebles...

MATILDE. Son decentes.

¿Ves? Aquí tengo el piano.

ANDREA. ¡Y está bueno! (Con desden.)

MATILDE. (Si supiera  
que aun siendo así es alquilado!)

ANDREA. En fin, tú te lo has querido.

Tú despreciaste la mano  
de don Jacinto Gutierrez,  
que es un hombre millonario

MATILDE. Mamá, si yo no le amaba.

ANDREA. Pues ya le hubieras amado.  
Tu amiga, Eugenia de Lara,

bien le atrapó.

MATILDE. ¡No lo extraño!

ANDREA. Allí estan en Barcelona  
con criadas y lacayos,  
y amatistas y brillantes;  
es reina de los saraos,  
mientras tú vives aquí...

MATILDE. ¡Dichosa por que le amo!

ANDREA. ¡Otro gallo te cantara  
si me hubieras escuchado!

MATILDE. ¡Qué me importa la riqueza!  
Yo tengo lo necesario,  
y su amor es mi ventura.  
Goce Eugenia de ese rango  
que yo tener no he querido.  
Soy tan dichosa á su lado...

ANDREA. Al principio no es difícil.  
¡Verás con el tiempo!

MATILDE. Vamos,  
mamá, no me vaticines  
desventuras. ¡Yo le amo!  
Él es bueno y cariñoso;  
amante se está mirando  
en mis ojos, y yo espero  
siempre con delirio amarlo.  
Amargaba mi ventura  
tu enojo; mas ya te abrazo  
y se acabaron mis penas.

ANDREA. ¡En fin, puesto que te hallo  
resignada con tu suerte,  
menos mal! Ya hace tres años  
que murió tu padre!...

MATILDE. ¡Si!

¡Pobre padre mio!

ANDREA. ¡En llanto  
nos quedamos sumergidas  
y en terrible desamparo!  
¡Mi viudedad no bastaba  
á sostener nuestro rango,  
y cifraba mis deseos  
en que tú al tomar estado,  
eligieras entre todos

un marido millonario.  
¡Un senador!... ¡ó un ministro!...  
¡un hombre que fuera algo!  
¡Ay! ¡si tu padre viviera!...  
¡Si él te viera en piso cuarto!...  
¡Él! ¡él!... ¡todo un brigadier  
con su cruz de San Fernando!  
Él, que tanto figuraba,  
aun siendo ya retirado,  
que fué teniente de alcalde...  
y estaba mas limpio el barrio...  
Él, que era socio de Amigos  
del pais; condecorado  
con mil cruces; presidente  
del liceo sevillano!

MATILDE. Bien.

ANDREA. Conforme á tus principios  
quise procurarte el tálamo.  
¡Pero tú no lo has querido!

MATILDE. ¡Mi esposo es tan buen muchacho!

ANDREA. ¡Será muy bueno; corriente;  
un hombre de tres al cuarto!  
Mas tú estás acostumbrada  
á mucho mimo y regalo;  
á no tener que mezclarte  
en los asuntos prosáicos  
de la casa; tú no sabes  
entenderte con criados...  
Yo te he tenido doncella  
para lavarte las manos;  
para limpiarte las uñas  
y calzarte los zapatos.  
Como que yo te eduqué  
para señorita, ¿estamos?  
No para ama de llaves  
ni para pobre. Mis cálculos  
salieron fallidos... ¡Ah!...  
¡Tú lo quisiste!

MATILDE. Es el caso  
que mi marido conoce  
la educacion que me han dado,  
y no me exige que yo

descienda... yo aqui no hago  
mas que bordar zapatillas;  
alguna labor de mano,  
como son flores de cera,  
crochet, y tocar el piano.

ANDREA. Pues sigue siempre lo mismo.  
Si un día por un acaso  
pegas un boton, al otro  
hará que le pegues cuatro;  
al otro te obligará  
á que planches tú; y al cabo,  
le repases calcetines,  
ó le limpies el despacho.  
Nada, hija; desde el principio  
se ha de en derezar el árbol.

MATILDE. ¿No le digo á usted que él  
todo lo paga?

ANDREA. No es malo...  
no hace mas que su deber!...  
si no, no haberse casado.  
¿Pero tu marido puede  
sostener?... ¡yo no lo alcanzo!  
Pues con doce mil reales,  
estando Madrid tan caro,  
no hay mas que para vivir  
en todo economizando;  
sujetos, como quien dice,  
tan solo á sota, caballo  
y rey.

MATILDE. No sé de qué modo  
se arreglará; mas lo paso,  
si no con lujo, que yo  
no ambiciono, con descanso.

ANDREA. Si es su destino siquiera  
de esos que tienen las manos  
puercas...

MATILDE. ¡Mamá! ¿cómo puercas?

ANDREA. ¿Tú que sabes de empleados?  
Siempre has tratado con nobles;  
con títulos; con bizarros  
militares; con banqueros  
y opulentos millonarios.

¿Quién lo había de decir?  
¡Pero, en fin, ya está hecho el daño!  
¡Otro gallo te cantara  
si me hubieras escuchado!  
En Barcelona estarías  
con mucho tren y boato,  
y no aquí en un cuarto piso.  
Porque, hija, ¡vivir tan alto!

MATILDE. Mamá, yo estoy muy contenta,  
y al lado de mi Eduardo,  
que me adora con delirio,  
se me figura un palacio  
este cuartito modesto,  
sin mas lujo, sin mas fausto  
que el tesoro de su amor,  
que es mi placer y mi encanto.

ANDREA. Contigo pan y cebolla  
viste hacer en el teatro,  
y aquí á las mil maravillas  
lo estás hoy representando.  
¡Quiera Dios no llegue un tiempo,  
en que aburridos entrambos,  
advirtais que la cebolla  
suele picar demasiado;  
y que el pan seco, hija mia,  
á veces produce empacho!

MATILDE. Pero mamá!

ANDREA. Ya me voy.

MATILDE. ¿Tan pronto? Espérate un rato;  
él vendrá de la oficina.

ANDREA. No; dispuesta no me hallo  
para la entrevista; ya  
vendré á veros mas despacio.

MATILDE. Como quieras; pero hoy...

ANDREA. No insistas, porque me marchó.  
Adios, hija; te perdono  
los disgustos que me has dado.

MATILDE. ¡Gracias, gracias, madre mia!  
¡Soy dichosa!

ANDREA. ¡Hasta otro rato!

MATILDE. Mi esposo se alegrará...

ANDREA. Dame un beso y un abrazo.

¡Adios!

MATILDE.

¡Adios!

ANDREA.

Volveré.

¡Me dignaré perdonarlo!

## ESCENA II.

MATILDE.

¿Tendrá mi madre razon?

¿Podrá al fin llegar un dia

en que por desgracia mia

se entibie nuestra pasion?

¡Imposible! ¡No lo aguardo!

¡Sin embargo; pensativo

á veces, triste y esquivo

parece que está Eduardo!...

¡Oh! ¡Quiméricos antojos

de mi alma enamorada!

Á mi voz, á mi mirada,

¿no depone sus enojos?

Mas... que me llegue á decir,

cuando triste me parece,

la causa que le entristece,

no he podido conseguir.

(Se oye una campanilla )

Desgracia fuera cruel

que de mi afecto cansado...

entonces... pero han llamado.

Abre la chica, y es él.

## ESCENA III.

MATILDE y EDUARDO.

MATILDE. ¡Eduardo!

EDUAR. (Abrazándola.) ¡Matilde mia!

MATILDE. ¡Ahora, sí, que feliz soy!

EDUAR. ¿Porque he venido?

MATILDE. Es que hoy

es un venturoso dia.

EDUAR. No te comprendo.

- MATILDE. Es verdad;  
tú no sabes lo que pasa.  
El cielo ha echado á esta casa  
su bendicion.
- EDUAR. ¡Qué ansiedad!  
Acaba.
- MATILDE. Tienes razon;  
porque aun no te he dicho nada.  
Vino mi madre adorada,  
y me ha dado su perdon.
- EDUAR. (Desconcertado.)  
¡Ah!... Vino...
- MATILDE. Si. ¿No te alegra  
la noticia?
- EDUAR. Hasta el extremo.
- MATILDE. ¿No eres feliz?
- EDUAR. Mucho. (Temo  
que he de matar á mi suegra.)
- MATILDE. Y quedó en venir despues  
para perdonarte á tí.
- EDUAR. ¿Para perdonarme?
- MATILDE. Si.  
¡Como es tan buena!
- EDUAR. (Turbado.) Si es...
- MATILDE. Mas, Eduardo, me parece  
que en vez de haberte alegrado  
la noticia, te ha dejado...  
¿Pues acaso te entristece?
- EDUAR. ¿Cómo me ha de entristecer?
- MATILDE. ¿Verdad que te da alegria?
- EDUAR. ¿No ha de darme? ¡Si, alma mia!  
no la puedo contener. (Disgustado.)
- MATILDE. Estás tan sério...
- EDUAR. Es verdad;  
pero en ocasiones dadas,  
la pena da... carcajadas,  
y la dicha seriedad.
- MATILDE. ¡Ah! Vamos, será nervioso.
- EDUAR. Si; los nervios tienen parte...
- MATILDE. He debido prepararte  
antes de decirte...
- EDUAR. Ocioso,



Matilde, á la verdad fuera.  
Yo soy tan impresionable,  
que aun preparado, es probable,  
que tambien me sorprendiera.

MATILDE. Es verdad; tienes razon.

EDUAR. Y tanto.

MATILDE. . . . . Estoy convencida;  
pues de una madre ofendida  
siempre conmueve el perdon.

EDUAR. Hija mia; bien mirado,  
tanto no se la ha ofendido.

MATILDE. Como su gusto no ha sido...

EDUAR. Ella es la que me ha ultrajado.  
La que por capricho loco  
quiso tu dicha estorbar;  
la que te hizo derramar  
muchas lágrimas.

MATILDE. . . . . Tampoco  
es eso.

EDUAR. . . . . ¡Matilde, si!  
Y me agravió la primera,  
diciendo que yo no era  
esposo digno de tí.

MATILDE. No, Eduardo; ¡qué locura!  
Ella el porvenir miraba,  
y para mí deseaba  
la opulencia y la ventura.

EDEAR. Si, por eso protegía  
á Gutierrez.

MATILDE. . . . . Es tan rico...

EDEAR. Y á la verdad un buen chico. (Con ironía.)

MATILDE. Pero yo no le queria.  
Y al darte gozosa el sí,  
tu imágen grabé en mi alma;  
y al par que te dí la palma  
vida y corazon te dí.  
Mi madre, era natural,  
nuestro amor desaprobaba,  
pues para mí ambicionaba  
de Gutierrez el caudal.  
Y como madre, ya ves;  
era justo que quisiera

que rica y dichosa fuera;  
por eso tuvo interés...  
y aunque me hizo derramar  
lágrimas su oposicion,  
reconozco su razon  
y la debo respetar.

EDEAR. Por mas que á mí no me cuadre.

MATILDE. ¡Vamos, por Dios, no seas niño!  
Confiesa que no hay cariño  
como el cariño de madre.

EDEAR. Cuando esta tiene talento  
y lo sabe comprender;  
porque si no, puede ser  
tal amor nuestro tormento.  
Á veces un padre trata  
de hacer á un hijo dichoso,  
y le quita su reposo,  
y por quererlo le mata.

MATILDE. Mas si le puede cegar  
su afecto... ¡cómo ha de ser!  
Se le debe agradecer  
aunque nos haga llorar.  
Hoy mi madre ha demostrado  
por mi suerte un interés...

EDUAR. ¿Y te ha preguntado?...

MATILDE. ¡Pues!  
Su cariño la ha impulsado...  
si yo estaba arrepentida;  
si vivia con holgura...  
yo la conté mi ventura,  
y me escuchó conmovida.

EDUAR. (Cuando digo que el perdon  
que nos ha venido á dar  
de fijo me va á costar  
mas de una sofocacion!...)

MATILDE. Y me preguntó...

EDUAR. (¡Qué tercas  
son las suegras!) Ya adivino;  
preguntó...

MATILDE. Si en tu destino  
tenias las manos puercas.  
La pregunta no entendí:

mas pienso que tú sabrás...

EDUAR. Si que lo sé.

MATILDE. ¿Y me dirás  
lo que significa?...

EDUAR. ¡Si!

MATILDE. Pues dime con claridad...

EDUAR. (¡El demonio de la vieja!)  
Si á mas del sueldo me deja  
mi destino utilidad.

MATILDE. ¡Pues qué! ¿Hay?

EDUAR. Algunos buenos  
que tienen gran importancia;  
porque dan tanta ganancia  
que es el sueldo lo de menos.

MATILDE. ¿Y el tuyo no es?...

EDUAR. ¡Hija, no!  
Yo tengo el sueldo pelado.  
He sido muy desgraciado;  
no he pescado de esos...

MATILDE. ¡Oh!

EDUAR. Yo no chupo ni administro;  
ando solo entre expedientes;  
eso es para los parientes...

MATILDE. ¡Ah!

EDUAR. ¡Ó ahijados del ministro!

MATILDE. Pues mi madre va á venir;  
preguntará con instancia...  
que deja mucha ganancia  
tu destino hay que decir.

EDUAR. ¿Para qué? Si eso no es justo...

MATILDE. Es que no quiero que crea...

EDUAR. Yo no comprendo tu idea.

MATILDE. Me casé contra su gusto.  
Y como ella no concibe  
que su hija enamorada,  
sin ambicionar ya nada  
dichosa con tu amor vive,  
es fuerza hacerla creer  
que vivimos con regalo.

EDUAR. Pero ese medio es muy malo,  
porque al cabo ha de saber...

MATILDE. No; yo tengo mis razones;

y pues que dichosa vivo,  
no quiero que halle motivo  
para mas reconvenciones.

EDUAR. ¡Entonces, bien; la diremos  
que gano mucho, infinito!  
Mas, chica, traigo apetito;  
cuando quieras, comeremos.  
¿La comida está?

MATILDE. No sé.

EDUAR. Pues mira...

MATILDE. Llama á Lucia;  
ella sabrá...

EDUAR. Si, hija mia;  
(Llama con la campanilla.)  
al punto la llamaré.

#### ESCENA IV.

DICHOS y LUCIA.

LUCIA. ¿Llamaba usted?  
(Matilde se pone á hacer crochet.)

EDUAR. La comida.

LUCIA. Se está cociendo la sopa.

EDUAR. Ya debia estar.

LUCIA. Son fideos;  
por eso los puse ahora  
cuando usted vino.

EDUAR. Está bien.

LUCIA. Porque antes no era cosa...  
se hubieran hecho un emplasto.

EDUAR. Pues vé á la cocina y sopla,  
que tengo ganas.

LUCIA. Ya voy.  
Avisaré cuando ponga  
la sopa en la mesa.

EDUAR. Bueno.

LUCIA. (¡Qué señor y qué señora!)  
(Se va Lucia y Eduardo se acerca á la mesa.)

## ESCENA V.

EDUARDO y MATILDE.

EDUAR. Mientras tanto, escribiré  
al amigo de Tolosa.

¡Qué demonio! ¡Cuánto polvo  
en esta mesa! ¡Esto asombra!

MATILDE. ¿Qué quieres? ¡Si esa criada  
es tan desmañada y floja!  
Llámalas y que lo sacuda.

EDUAR. Entonces deja la sopa  
y comemos á la noche.

MATILDE. Hoy no ha pasado la escoba;  
mira, allí dejó el plumero.

EDUAR. Eso es decir que lo coja  
y lo limpie yo; corriente:  
y esta silla y esa otra!

(Coge el plumero y limpia las sillas y la mesa.)

MATILDE. Si ella no limpió ninguna,  
están empolvadas todas.

EDUAR. ¡No, pues todas no las limpio;  
con estas basta y aun sobra!

MATILDE. ¡Es claro! Que lo haga ella;  
para eso el salario toma.

EDUAR. Pero tú no se lo mandas,  
y se hace la remolona.

MATILDE. Y yo, ¿qué entiendo de eso?  
puede tener otra cosa  
que hacer, y...

EDUAR. Bueno; corriente.

(Está visto; las señoras  
educadas de este modo,  
son gangas apetitosas.)

MATILDE. Hoy vendrá la lavandera;  
tienes que apuntar la ropa.  
La chica la ha recogido  
según me ha dicho.

(Eduardo suelta el plumero y repara en el abrigo  
que está sobre la silla.)

EDUAR. (¡Esta es otra!)

:

Pero, mujer, ¿y este abrigo?  
MATILDE. ¡Ay, esa muchacha es tonta!  
Le dije lo cepillara,  
y se lo deja... así toma  
tanto polvo. Mira, Eduardo;  
ya que ella está con la sopa,  
pásale un cepillo.

EDUAR. ¿Yo?

MATILDE. Anda, Eduardito.

(Llegándose á él, le pone una mano sobre el hom-  
bro y le mira con ternura.)

EDUAR. ¡Qué mona!

Ya se ve; la pobrecilla  
no está enseñada á estas cosas.)

MATILDE. Lo cepillas, ¿es verdad?  
tú quieres mucho á tu esposa...

EDUAR. ¡Zalamera!

MATILDE. Porque sabes  
que con delirio te adora.

EDUAR. ¡Si, hija mia! Lo cepillo;  
pero es fuerza te lo pongas,  
porque mejor que en la mano  
se limpia puesta la ropa.

MATILDE. Pues pónmelo.

(Eduardo coge el cepillo y el abrigo, y se lo pone á  
Matilde, empezando á cepillarle por detrás.)

EDUAR. Esto es; así.

¡Cuánto polvo! Si esto es cosa...

MATILDE. Eso en Madrid, ya se sabe;  
ó polvo que nos ahoga  
antes que rieguen, ó lodo  
cuando las mangas nos mojan.

EDUAR. Los extremos son viciosos:  
da la vuelta; bien. ¡Qué hermosa!  
Ya está sin polvo, hija mia.

MATILDE. Ahora, Eduardito, lo doblas,  
y lo pones en mi cuarto  
de vestir.

EDUAR. Voy sin demora.

(Entra con el abrigo por la segunda puerta izquier-  
da, y vuelve á salir en seguida con un boton en la  
mano.)

MATILDE. ¡Qué casero es mi marido!

¡He sido tan venturosa!...

Los temores de mi madre  
por dicha en nada se apoyan.

EDUAR. Fuí á colgar el abrigo,  
y me ha pasado...

MATILDE. ¿Qué?

EDUAR. Toma,  
que este boton se ha saltado  
de la cintura...

MATILDE. ¡Esta es otra!  
y si yo no sé pegarlo...

EDUAR. ¿No?

MATILDE. (¡Mi madre es previsora!  
Si hoy pego este, mañana  
otros á pegar me endosa,  
y despues...) No sé, Eduardo.

EDUAR. Ni yo tampoco: no importa;  
dame una aguja enhebrada  
y verás como yo...

MATILDE. (¡Hola!) (Dándosela y yendo al piano.)

EDUAR. Con fuerza de voluntad  
todo en el mundo se logra.  
¿Vas á tocar el piano?

MATILDE. Á recordar unas notas  
mientras avisa Lucía.

EDUAR. Y yo á ver si pego... ¡sopla!  
(Pinchándose al empezar á coser.)

MATILDE. ¿Qué es eso? (Sin dejar de tocar.)

EDUAR. Que me he pinchado;  
y mira, la sangre brota:  
de gusto me chupo el dedo:

MATILDE. ¡Qué bonita es esta polka!

EDUAR. Yo he visto pegar botones;  
asi creo que es; aqui toda  
la hebra se lia; se tira...

¿Ves? ya está! Me abrocho ahora.

(Va haciendo todo lo que dice; y al abrocharse salta  
el boton, quedando colgando la hebra liada.)

¡Por vida! ¡Pues se ha caído!

¡Lo que es no entender las cosas!

Pues yo he visto que los sastres

han la hebra y la colocan...

¡Si le pegué sin dedal!

¡Vuelta á comenzar la obra!

(Coge el dedal de Matilde, que estará en el bastidor, y empieza á coser.)

Se le darán mas puntadas.

## ESCENA VI.

DICHOS y LUCIA.

LUCIA. Ya está en la mesa la sopa.

EDUAR. ¡Gracias á Dios! para luego  
dejo el boton; ven, esposa;  
porque tengo un apetito...

(Suelta la aguja y el boton en el velador, quedándose con el dedal puesto; en este momento suena una campanilla dentro.)

MATILDE. Pero han llamado.

EDUAR. No importa.

MATILDE. ¡Espera; mi madre!

EDUAR. ¿Si?

MATILDE. Ya no comemos ahora.

EDUAR. ¿Cómo que no? ¡Tengo hambre!  
Mi estómago se alborota.

## ESCENA VII.

DICHOS y DOÑA ANDREA.

MATILDE. ¡Ah, qué pronto, mamá mia!

(Corriendo al encuentro de doña Andrea, que baja y se encara con Eduardo en ademan trágico; ligera pausa; despues tiende la mano á Eduardo, que alarga la suya aturdido; repara que tiene el dedal puesto y retira la mano con rapidez, se quita con la otra el dedal y se la vuelve á alargar á doña Andrea, que nota todo este movimiento, pero sin comprender la causa.)

ANDREA. La mano.

EDUAR. Si... ¡Ay! ¡el dedal!

ANDREA. ¿Le da á usted algo?

EDUAR. ¡No tal!



Es la emocion... la alegría...

ANDREA. Ya estoy de vuelta. (A Matilde.)

EDUAR. ¡Señora!

ANDREA. Ya cansada de sufrir,  
me he decidido á venir  
por ver á Matilde; ahora  
vuelvo para verlo á usted.

EDUAR. Gracias mil; yo agradecido...

ANDREA. Al fin ya es usted marido...

EDUAR. Pero hágame la merced  
de sentarse.

ANDREA. Si, me siento;  
la escalera me ha cansado:  
¡hija, qué casa has tomado  
tan alta!

MATILDE. Es que...

ANDREA. Al momento  
debes mudarte.

EDUAR. (¡Eso es!

¡Ya empieza!)

ANDREA. ¡Matilde amada!

(Mirando con lástima á Matilde.)

¡Tú no estás acostumbrada  
á tanta escalera!

EDUAR. ¡Pues!

Tiene usted mucha razon;  
mas vivir aqui es higiénico:  
nos lo ha aconsejado el médico  
porque hay mas ventilacion.

ANDREA. ¡Pues qué! ¿estás mala, hija mía?

MATILDE. No tal.

EDUAR. No tenga usted pena.

Por ahora se encuentra buena,  
y la altura da alegria.

ANDREA. Nada, nada; no cansarse;  
hay aqui mucha escalera;  
y asi, de cualquier manera,  
es necesario mudarse.

MATILDE. Corriente, se buscará  
un cuarto...

EDUAR. (Quiero comer.) (Bajo á Matilde.)

MATILDE. (Por ahora no puede ser.) (Id.)

ANDREA. De sobra se encontrará.

EDUAR. Buscaré sin perder ripio.  
(¿Por qué no comer? ¡qué idea!)  
(Bajo á Matilde.)

MATILDE. (Porque no quiero que vea  
que no tenemos principio.)

EDUAR. (Si hay sopa para empezar.)

ANDREA. Aunque ingratos me causasteis  
mucho mal y me ultrajasteis,  
hoy os quiero perdonar.  
Pero es con la condicion  
de que usted mire por ella:  
es mi Matilde muy bella,  
y tiene una educacion  
que se lo merece todo.  
¡Pobre hija mia! (Llorando.)

EDUAR. ¡Señora!

MATILDE. ¡Qué! ¿vas á llorar ahora?

ANDREA. No; no quiero de este modo  
acibarar tu contento.  
¿Vosotros no habreis comido?

MATILDE. Ahora acabamos.

EDUAR. (¿Qué he oido?  
¡y de hambre estoy sin aliento!)

ANDREA. Mejor; podremos hablar  
muy largamente.

EDUAR. (¡Dios mio!)

ANDREA. ¡Ah! ¿No sabes que tu tio  
debe muy pronto llegar?

MATILDE. ¿Mi tio?

ANDREA. Mujer, si.

MATILDE. ¿El hermano  
de mi padre, que vivía  
en la Habana?

ANDREA. Si, hija mia.

MATILDE. Ya sé...

ANDREA. Tu tio Mariano.  
Aunque no le has conocido  
paede ser que se interese...  
¡Ay! ¡Si tu padre viviese;  
él, que tanto le ha querido!  
¡Murió sin volverle á ver!

Escribe que se resuelve  
y que á su patria se vuelve;  
que te quiere conocer.  
Como tantos de aqui van  
y le han hablado de tí,  
él quiere abrazarte.

MATILDE. ¿Si?

ANDREA. Y manifiesta un afan...

MATILDE. Ya conocerle deseo.

EDUAR. Y yo. (Despues de comer.)

ANDREA. ¿Sabes qué pienso, mujer?

MATILDE. No...

ANDREA. Que demos un paseo.

MATILDE. Como usted quiera.

EDUAR. ¿Qué? ¿Ahora?

ANDREA. ¡Pues! Hasta que entre la noche.  
Hija, si tuvieras coche  
como otras veces...

EDUAR. Señora...

MATILDE. Le tengo, aunque no le tengo.

EDUAR. (¿Eh? ¿qué dice?) (Asombrado.)

MATILDE. Y aun le aguardo;  
me le ha alquilado Eduardo  
por meses.

EDUAR. (¡Yo no me avengo  
á mentir de esta manera!)

ANDREA. ¿De suerte que cuando sales  
vas en coche? Siendo asi,  
extraño que den de sí  
tanto doce mil reales.

MATILDE. Su destino es lucrativo  
aunque el sueldo es poca cosa.  
¿Verdad, esposo?

EDUAR. Si, esposa; (Con ironia.)  
me da un producto... excesivo.

MATILDE. ¿Quieres ir en carretela,  
charavans, ó americana?

EDUAR. ¿En calesa, ó en tartana?

ANDREA. ¿Qué dice?

MATILDE. Si se desvela  
mi marido por cumplir  
mis deseos, me da gusto

en todo, mamá.

ANDREA. Es muy justo.

MATILDE. Conque di, ¿en qué quieres ir?

ANDREA. En berlina iremos bien.

EDUAR. (Yo sí que en berlina estoy.  
Está visto; desde hoy  
empieza el martirio...)

MATILDE. (Ap. á Eduardo.) (¡Ven!

Anda, y que tome Lucia  
una berlina por horas.)

EDUAR. (Pero, mujer...)

MATILDE. (Me encocoras.)

EDUAR. (Si mi bolsa está vacía.)

MATILDE. Pero, mamá, no estés seria.

Mira, al volver esta noche,  
pararemos con el coche  
á la puerta de la Iberia.

EDUAR. (¡Oh! ¡Me va á desesperar  
vanidad de tal calibre!)

MATILDE. Y en el coche, al aire libre,  
te convido á refrescar.

ANDREA. Corriente.

EDUAR. (No hay mas que ver:  
el dinero del mes vuela,  
y en berlina ó carretela  
nos quedamos sin comer.)

ANDREA. ¿Pero á qué se espera?

MATILDE. Al punto

voy á vestirme, mamá.

Eduardo te entretendrá.

EDUAR. (Se va enredando el asunto.)

ANDREA. Pues bien; espero y despacha  
pronto.

MATILDE. (Ap. á Eduardo.) (Quédate tú;  
yo le diré...)

EDUAR. (¡Belcebú!)

MATILDE. (Lo del coche á la muchacha.)

(Matilde se va. Pausa. Eduardo bosteza varias ve-  
ces.)

## ESCENA VIII.

EDUARDO y DOÑA ANDREA.

- ANDREA. ¿Conque deja su destino  
segun se ve gran provecho?
- EDUAR. ¡Es claro! ¿No ha de dejar? (Bostezando.)
- ANDREA. ¿Con honradez, por supuesto?
- EDUAR. Claro está. De otra manera... (Bostezando.)
- ANDREA. ¡Jesus, y cuánto bostezo!  
Acabando de comer...
- EDUAR. ¿Acabando?... ¡Si no es eso!  
Es que anoche dormí poco,  
y tengo como... (hambre) sueño.
- ANDREA. ¿Pues qué? Será usted acaso  
como esos jóvenes truenos  
que á deshora se retiran?
- EDUAR. No tal; yo no soy de esos;  
soy de los otros. (Si ahora  
pensará que yo...)
- ANDREA. No entiendo...  
Como dice no ha dormido  
me figuré...
- EDUAR. No por cierto;  
yo vengo á casa temprano;  
con Matilde me paseo;  
y con nadie me reuno  
mas que con ella.
- ANDREA. Eso es bueno.
- EDUAR. Si he dormido poco anoche,  
es que traje documentos  
de la oficina, y me estuve  
hasta muy tarde escribiendo.
- ANDREA. Bien. Si es usted laborioso,  
entonces del mal el menos;  
tendrá usted la recompensa;  
la virtud merece premio.  
Y siguiendo usted asi  
pronto alcanzará mi afecto.
- EDUAR. (¡Bonito premio!) Señora,  
procuraré con anhelo

captarme su voluntad.

(¡Si yo te viera muy lejos!)

ANDREA. Mientras Matilde se viste  
quiero aprovechar el tiempo...

EDUAR. (¿Qué querrá hacer?)

ANDREA. Con usted.

EDUAR. ¿Conmigo?

ANDREA. Si.

EDUAR. (*¡Vade retro!*)

ANDREA. Porque hay cosas que mi hija  
no ha de decirme.

EDUAR. No entiendo.

ANDREA. Ya sabe usted el delirio  
con que á mi Matilde quiero.

EDUAR. Si, señora, es natural.

ANDREA. Siendo tan grande mi afecto  
yo la eduqué para rica,  
porque me sobraban medios.  
Yo no quise que aprendiera  
esos quehaceres domésticos  
que saben todas las pobres,  
que hacen las hijas del pueblo.  
¿Qué es ver á una jóven bella  
teniendo atado un pañuelo  
á la cabeza, y el polvo  
á los muebles sacudiendo,  
blandiendo á veces los zorros,  
otras veces el plumero?  
¡Mujer en tal actitud,  
no es parte del bello sexo!  
Se la estropean las manos;  
se empolva su cutis terso...  
¿Pues y cuando ya peinada  
repara ropa, y la vemos  
componiendo calcetines  
y pinchándose los dedos?  
Yo mantenía criadas,  
y por tanto no era cuerdo  
que mi hija descendiera  
hasta espumar el puchero!  
Yo la tenia doncellas  
que cuidaran de su aseo,

la vistieran y calzaran,  
como á hija de un caballero  
militar muy distinguido,  
que era gloria de su cuerpo,  
con su cruz de San Fernando,  
y otras cruces... mas de ciento;  
con su escudo de nobleza;  
y fué del ayuntamiento;  
y era sócio fundador  
en Sevilla del Liceo;  
y secretario honorario  
de...

EDUAR. Señora, sé todo eso.

ANDREA. Y por eso á mi Matilde,  
que es hija de tal sujeto,  
la he dado una educacion  
de duquesa...

EDUAR. ¡Ya lo creo!

ANDREA. Usted lo sabia al casarse;  
mi Matilde es un portento  
para tocar el piano;  
es joya para un concierto;  
ella no sabe coser  
ni repasar...

EDUAR. ¡En efecto!

Ni aun sabe pegar botones.

ANDREA. No ha de descender á eso  
la hija de un brigadier,  
que era todo un caballero,  
con su cruz de San Fernando;  
que fué del ayuntamiento,  
y era...

EDUAR. Sócio fundador  
en Sevilla del Liceo.

Ya me lo ha dicho; adelante.

ANDREA. Cuando mi hija formó empeño  
en casarse, yo queria  
que fuera con el banquero,  
porque así viviera siempre  
con regalo; usted ha hecho,  
segun ella me ha contado,  
aunque con pasar modesto,

que de tales pequeñeces  
no se ocupe.

EDUAR. Si; yo tengo  
que mandar á la criada  
á la compra; el libro llevo  
del gasto de casa...

ANDREA. Bien.

EDUAR. Yo á la lavandera entrego  
la ropa; yo la recibo...

ANDREA. Eso me agrada: y comprendo  
que á usted mejor le estaria  
una esposa asi, del pueblo;  
que fuera mujer casera,  
como dicen los plebeyos.

EDUAR. (Mi suegra me va cargando.)

ANDREA. ¡Cómo ha de ser! ¡No hay remedio!  
Á buen bocado, buen grito:  
usted, amigo, teniendo  
para vivir solamente  
el producto de su empleo,  
quiso usted una señora  
para esposa...

EDUAR. Verdad.

ANDREA. Y eso  
cuesta caro.

EDUAR. (¡Cuesta caro!  
En mi bolsillo lo siento!  
Y ahora con el cochecito,  
y sin comer, me divierto.)

ANDREA. Hemos de ser muy amigos...

EDUAR. (Lo dudo.)

ANDREA. Pues estoy viendo  
que procura usted la dicha  
de mi Matilde; mas temo...  
Dígame usted; si algun dia  
le quitaran el empleo,  
porque ahora los empleados  
deben estar con el credo  
en la boca noche y dia;  
si un cambio de ministerio...  
le dejara á usted cesante...

EDUAR. ¡Entonces, allá veremos!



No nos vaticine usted  
desgracias; no querrá el cielo...

ANDREA. Debe usted hacer ahorros  
por si acaso.

EDUARD. En eso pienso.  
(Ahorros, y no me alcanza  
para vivir con el sueldo.)

### ESCENA VIII.

DICHOS y MATILDE con abrigo de verano y sombrero.

MATILDE. Ya estoy vestida, mamá.

ANDREA. Pero niña; ese sombrero  
no es ya de la última moda.

MATILDE. Aun se llevan.

ANDREA. ¿Cómo es eso?  
Tú, que estás acostumbrada  
á ir siempre como modelo  
de elegancia... vas ahora...

MATILDE. Entonces era otro tiempo.  
Ahora, como soy casada,  
cuido de la moda menos.

EDUAR. (Me parece que á mi suegra  
la mando pronto á paseo,  
y el perdon que nos ha dado  
intacto se lo devuelvo.)

ANDREA. ¿Y á la Fuente Castellana  
vas así?

MATILDE. ¿Qué tiene eso?

ANDREA. ¡Tú! La hija de un brigadier,  
que era tan noble sujeto,  
con su cruz de San Fernando...

EDUAR. Y fué del ayuntamiento  
y sócio de no se qué...  
mas no la dejó dinero.

ANDREA. ¡Pero la dejó su nombre  
y su rango!

MATILDE. Me haré presto  
otro sombrero de moda;  
es no haber pensado en ello.

EDUAR. (¡Y yo sin comer!)

ESCENA IX.

DICHOS y LUCIA.

- LUCIA. El coche  
está ya á la puerta.
- MATILDE. Bueno.  
¿Vamos, Eduardo; mamá?
- ANDREA. Me disgusta ese sombrero.  
Por casa de mi modista  
ahora mismo pasaremos,  
para que te compres otro.  
Así no vas á paseo.
- MATILDE. Como tú quieras, mamá.
- EDUAR. (¡Qué escucho! ¡Rayos y truenos!  
Está visto. Todo el mes  
vamos á comer sombrero.  
¡Haré buena digestion!  
¡Ay! Esta suegra me ha muerto  
perdonándome.)
- MATILDE. Pues vamos.
- ANDREA. Si; ya es hora del paseo
- LUCIA. (Señora, es que la comida...)
- MATILDE. (Cállate; ya no comemos.)
- EDUAR. (¿Cómo que no?)
- LUCIA. (Yo, señora,  
á la verdad, no me avengo...)
- MATILDE. (¿Quién ha hablado de tí, necia?  
cómétela toda.)
- EDUAR. (¡Cuerno!  
¿y dejarme á mí *per instan*?  
Eso ya no lo consiento.  
Mira; guárdame mi parte  
para cuando vuelva.)
- LUCIA. (¡Bueno!)
- MATILDE. ¿Vamos, Eduardo?
- EDUAR. ¡Ya voy!  
(¡Que no diera el coche un vuelco!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, en mangas de camisa, cepillándose la ropa.

Presentí lo que me pasa;  
y sufro la pena negra  
desde el día que mi suegra  
puso los pies en mi casa.  
Mi mujer, por ocultar  
nuestra humilde posicion,  
agrava la situacion  
obligándome á gastar.  
Y si no logro poner  
coto á su exceso diario,  
empeñarse es necesario.  
Si fuera para comer  
lo sufriera resignado,  
que es fuerza salir del día;  
pero por esa mania  
de ir en carretela al Prado...  
Señor, doce mil reales  
no serán una riqueza  
para vivir con largueza...  
Cincuenta duros cabales

son cada mes... ¡y por Dios!  
muchos con un sueldo igual  
mantienen hijos... no mal;  
mientras que solos los dos...  
¿Pero á qué cansarme quiero?  
natural es lo que pasa:  
¡cuanto se hace en esta casa  
es á fuerza de dinero!  
La consecuencia es precisa;  
ella no pega botones,  
ni repasa pantalones,  
ni compone una camisa.  
Y aunque al fin quisiera hacer  
algo, por mí convencida,  
viene su madre en seguida  
y lo echa todo á perder.

## ESCENA II.

EDUARDO y LUCIA.

LUCIA. Tome usted esto, señor. (Un periódico.)  
EDUAR. (Concedo que el sueldo es módico.)  
LUCIA. ¿No oye usted?  
EDUAR. ¿Qué es?  
LUCIA. El periódico:  
lo trajo el repartidor.  
EDUAR. Corriente; déjalo ahí.  
(Lucia deja el periódico en la mesa. Eduardo deja  
la levita y el cepillo en una silla; va á la mesa y  
toma papel y pluma: Lucia limpia los muebles con  
un plumero que habrá sacado )  
¡Ah! Ven á darme la cuenta.  
LUCIA. Ponga usted: carne cuarenta.  
EDUAR. ¿Cuarenta de carne?  
LUCIA. Si.  
Parece que se ha asombrado.  
Pues yo no siso. (Con mal modo.)  
EDUAR. Bien; pero...  
LUCIA. Ahí entra la del puchero  
y también la del guisado.  
EDUAR. ¿Qué guisado?

- LUCIA. El de la cena.  
EDUAR. Si; tienes razon; corriente.  
LUCIA. Ponga usted: garbanzos, veinte.  
EDUAR. ¿Veinte?  
LUCIA. Y dos de yerba buena.  
EDUAR. (Esto asi no se equilibra.)  
Chica, pienso y con razon,  
que muchos garbanzos son.  
LUCIA. No tantos; son una libra.  
EDUAR. Pero una libra, ya ves...  
LUCIA. Si se reparte en dos veces.  
EDUAR. Está bien.  
LUCIA. Veinte de peces;  
ajos y cebolla, tres.  
EDUAR. (Aunque mucho me deleite  
el amor de mi mujer...)  
¿Hay algo mas que poner?  
LUCIA. Si; treinta y cuatro de aceite.  
EDUAR. (¡Qué escándalo! Yo no debo...)  
LUCIA. Y ponga usted diez de pasta.  
EDUAR. ¿Mas tanto aceite se gasta?  
LUCIA. ¡Claro! Yo no me lo bebo.  
Ya puede usted ver la alcuza.  
EDUAR. En la cena y el quinqué...  
LUCIA. En ambas cosas; ¡y qué!  
¡se gasta!... ¡No soy lechuzal!  
EDUAR. (¡Oh! si mi mujer cuidara  
de la casa, no seria...)  
En fin, ¿queda mas, Lucia?  
LUCIA. ¡Bueno fuera que pensara!...  
EDUAR. ¡Basta de palabras necias!  
¿Hay mas?  
LUCIA. Como usted no entiende  
de estas cosas, se comprende...  
EDUAR. ¿Hay mas?  
LUCIA. Si, señor; especias,  
cuatro cuartos.  
EDUAR. Pues si ayer  
otros cuatro se contaron.  
LUCIA. Claro está; si se gastaron,  
¿no los tengo de poner?  
EDUAR. Cuatro ayer y cuatro hoy

- en un puchero y un guiso...
- LUCIA. Yo gasto lo que es preciso;  
si no conviene, me voy.
- EDUAR. Me tomo desde mañana  
la molestia de ir contigo  
á la plaza.
- LUCIA. ¿Usted conmigo?  
¡quíá; no!
- EDUAR. ¡Si me da la gana!
- LUCIA. Pero es que yo...
- EDUAR. No replique.  
Usted hará lo que la mande.
- LUCIA. Pues mire usted, ya soy grande  
para llevar espolique.
- EDUAR. ¡Y de ese modo sabré  
lo que compras cada dia!  
Yo juro, por vida mia,  
que el abuso evitaré.  
Para que me sirva y guise  
he tomado yo criada;  
y no para que taimada  
en lo que compra me sise.
- LUCIA. Usted me insulta, y yo soy...  
mejor que usted.
- EDUAR. ¿Qué? (¡Yo estallo!)
- LUCIA. Y á mí no me alce usted el gallo,  
porque ahora mismo me voy.
- EDUAR. ¿Que te vas?
- LUCIA. Es muy probable.  
¡Usted confianza no tiene,  
y servir no me conviene  
en casa tan miserable!
- EDUAR. ¡Deslenguada! (¡Pierdo el tino!)
- LUCIA. ¡Bastante iba yo á medrar,  
en donde no hay que comprar,  
con salario tan mezquino!
- EDUAR. ¡Qué insolencia! ¡qué descoco!
- LUCIA. Dicho está; servir no quiero  
á un amo tan cazolero...
- EDUAR. ¡Basta!
- LUCIA. Y que come tan poco.
- EDUAR. Si no te callas, te estrello.

LUCIA. Es que á mí no me amedrenta;  
ajústeme usted la cuenta.

### ESCENA III.

DICHOS y MATILDE.

MATILDE. ¡Qué gritos!

EDUAR. Si tal. (sumando la cuenta.)

MATILDE. ¿Qué es ello?

EDUAR. Esto es... ciento veinte y nueve:  
yo te dí doce reales;  
veinte y siete...

LUCIA. Si; ¡cabales!

Eso es lo que usted me debe.

EDUAR. Tómalos, y el medio mes...

Vete pronto, que si no...

MATILDE. ¡Qué! ¿La despides?

LUCIA. Soy yo

quien me despido; eso es.

MATILDE. ¿Mas por qué este disparate?

EDUAR. (Esta posicion me humilla.)

LUCIA. ¡Abur! Mire usted, en la hornilla

hecho queda el chocolate.

El puchero por poner;

queda la carne lavada,

y la loza está fregada;

conque abur; hasta mas ver.

Puede usted economizar

en todo. Vaya el plumero; (Dádoselo á él.)

y cuenta con el puchero,

no lo vaya usted á quemar.

### ESCENA IV.

MATILDE y EDUARDO.

MATILDE. Todo esto, ¿por qué ha sido?

EDUAR. Al respeto me ha faltado.

MATILDE. ¿Es posible?

EDUAR. Me ha ultrajado,  
y despues se ha despedido.

Y por lo tanto, no quiero  
detener por un instante,  
á la criada insultante  
que me llama cazolero.

MATILDE. ¿Á tí cazolero?

EDUAR. Á mí.

MATILDE. No comprendo la razon.

EDUAR. ¡Horrible es mi situacion!

MATILDE. ¿Qué escucho?

EDUAR. Motivo di  
para su insulto.

MATILDE. No creo...

EDUAR. Que si yo ante esas mozuelas,  
en casa no hago cazuelas,  
á mi pesar, cazoleo.

MATILDE. ¿Qué cazoleas?

EDUAR. Si tal;  
y es, porque tú hacer no quieres,  
lo que todas las mujeres  
hacen en casa; cabal.  
Ridículo es que el marido  
inspeccione si se gasta  
mucho aceite, mucha pasta,  
mucha especia en el cocido!  
Que tenga que descender  
de modo tan inhumano,  
mientras que toca al piano  
habaneras su mujer.

MATILDE. Yo no estoy acostumbrada;  
mi educacion conocias.

EDUAR. ¡Acostumbrarte debias!  
Es tu deber de casada.

MATILDE. Tú sabias...

EDUAR. ¡Si; es verdad!

MATILDE. Que no sé hacerlo; y se entiende...

EDUAR. Todo en el mundo se aprende  
con fuerza de voluntad.  
Mientras esta en tí no obre...

MATILDE. Mi defecto conocias  
al casarte.

EDUAR. Y tú sabias  
te casabas con un pobre.



Y al aceptar con placer  
esta humilde posicion,  
estás en la obligacion  
de ayudarme; es tu deber!

MATILDE. ¡Eduardo! (Resentida.)

EDUAR.                   ¿Te maravillas  
de mis palabras? ¡qué quieres!  
¡no se casan las mujeres  
para bordar zapatillas!  
No se pueden limitar  
á las labores de mano...

MATILDE. ¡Ah!

EDUAR.               Ni á tocar el piano.  
Su casa deben cuidar.

MATILDE. ¡Ay, madre! ¡Qué bien decia!  
Despues que le he preferido,  
y que por él dí al olvido  
al que mi mano pedia.  
¡Cuando he inmolado á su amor  
la opulencia y la ventura,  
me paga asi!

EDUAR.                   ¡Criatura,  
atiéndeme por favor!

MATILDE. ¡Me ofende!

EDUAR.               Me echas en cara...

MATILDE. ¡Mi madre lo habia anunciado!  
¡Si yo la hubiera escuchado,  
otro gallo me cantara!  
por tí desprecié al banquero,  
y su opulencia...

EDUAR.                   ¡Yo estallo!  
¡Siempre ha de salir el gallo;  
déjalo en el gallinero!  
Que si estás arrepentida  
de haberme dado tu mano...

MATILDE. ¡Porque eres muy inhumano!

EDUAR.               ¡Á mí me cansa esta vida!  
Ya estoy harto de tirar,  
y esto de la raya pasa:  
si no cuidas de tu casa,  
¿dónde vamos á parar?

MATILDE. ¡Ay, qué congoja! me muero!

- ¡Bien mi madre me decia!  
EDUAR. ¿Otra vez?  
MATILDE. ¡Ay! ¡Qué agonía! (Se desmaya.)  
EDUAR. ¡Muy bien! ¡Estoy como quiero!  
¡Matilde! ¡Se desmayó!  
¡Oh! mal barreno taladre  
á esa malhadada madre,  
por lo mal que la educó.  
¿Mi Matilde? ¡Que si quieres!  
¡los nervios la hacen sufrir!  
¡quién pudiera suprimir  
los nervios en las mujeres!  
Y es que mi amor la disculpa.  
¡Su suerte ha sido fatal!  
¡Si la han educado mal,  
ella no tiene la culpa!
- MATILDE. ¡Ay de mí!  
EDUAR. Vé que te llamo  
con tierna solicitud.  
MATILDE. ¡Oh! ¡Qué fiera ingratitud!  
¡Sabiedo cuanto le amo!  
EDUAR. No, mujer.  
MATILDE. ¡Ay! ¡Qué ansiedad!  
EDUAR. Mas...  
MATILDE. ¡Mi corazón se abate!  
EDUAR. ¡Yo te traeré el chocolate,  
que tendrás debilidad!  
MATILDE. ¡Ya no me amas!  
EDUAR. Mujer,  
una cosa es la pasión,  
y otra cosa la razón  
que te dicta tu deber.  
Confieso que he estado fuerte;  
tú no estás acostumbrada...  
mas la maldita criada  
me ha exaltado de tal suerte...  
Ya pensarás desde hoy...  
MATILDE. ¡Ay! de fatigas me muero.  
EDUAR. El chocolate...  
MATILDE. No quiero  
que me sirvas; no.  
EDUAR. Ya voy.

## ESCENA V.

MATILDE.

¡¡Pobre Eduardo! él es bueno;  
pero mi madre me ha dicho  
que si no sé manejarme,  
será fatal mi destino!  
¡Que la mujer debe siempre  
acostumbrar al marido  
á que la vea señora;  
no criada de servicio!  
¡Yo he preferido su amor  
á un enlace distinguido;  
que él me sacrifique algo,  
que yo harto le sacrifico!  
Ahora me voy á acostar;  
me creará enferma, y sumiso  
le tendré mientras se pasa  
su enojo; en lo sucesivo,  
porque no me ponga mala,  
no exigirá desatinos. (Váse.)

## ESCENA VI.

D. MARIANO.

¡Ah de casa!... no contestan. (Dentro )  
¡Ave Maria!... ¡Qué!... ¡Nada?...  
¡Corriente! Entonces yo entro,  
y que salga lo que salga. (Entrando.)  
Pues señor, esto es muy raro;  
En Madrid hallo una casa  
abierta de par en par;  
segun se vé, abandonada.  
Poco miedo á los ladrones  
se tiene aquí. ¡Vaya en gracia!  
Tendrán poco que les roben;  
que si no mas la guardaran.  
¡Será este el cuarto que busco?  
Si tal; calle de la Abada,

(Consultando un libro de memorias.)  
número cincuenta y dos...  
cuarto cuarto. ¡Y cómo cansan  
las escaleras malditas!  
Me tumbo en esta butaca.

(Sentándose en la que estuvo Matilde.)  
Le gregunté á la portera  
por si yo me equivocaba,  
y me dijo que era aquí.  
Esta soledad me extraña.

## ESCENA VII.

D. MARIANO y EDUARDO. Eduardo sale en mangas de camisa con servilleta, bandeja, una jícara de chocolate y un bollo. Se dirige á la butaca creyendo hablar á Matilde y presenta el chocolate á D. Mariano, el cual empieza á tomárselo.

EDUAR. Vamos, vaya el chocolate.

MARIANO. No viene mal; hombre, gracias.

EDUAR. ¡Caballero! (Sorprendido.)

MARIANO. ¿Te sorprende?

EDUAR. Sin duda usted no repara...

MARIANO. ¿Qué he de reparar? reparos con parientes no se gastan.

EDUAR. ¿Cómo parientes?

MARIANO. ¿Estan  
los señoritos en casa?  
Anda; pásales recado.

EDUAR. (¿Por quién me toma este facha?)

Caballero, no comprendo  
su estilo ni sus palabras.

Diga usted, ¿qué se le ofrece?  
¿á quién busca?

MARIANO. Si se enfada  
me importa poco. Si busco  
ó no busco, sin tardanza  
lo diré á tus amos.

EDUAR. ¡Yo  
soy el amo de mi casa!

¡Yo no tengo amo ninguno!

MARIANO. Doña Matilde Igualada,

¿no vive aquí?

EDUAR. Si, señor.

Esa es mi esposa.

MARIANO. ¡Caramba!

¿Lo dice usted de verdad?...

EDUAR. ¿No he de decirlo?

MARIANO. ¿Ó me engaña?

EDUAR. Me parece que la burla  
se va haciendo muy pesada.

MARIANO. ¡No es burla! ¿Conque eres tú?  
Como estás en esa facha  
y sirves el chocolate,  
cualquiera se equivocara.

EDUAR. (¡Qué vergüenza!) Pero usted...

MARIANO. La puerta encuentro entornada;  
la empujo y á nadie veo;  
digo de recio: ¡*Ah de casa!*  
no contestan; grito mas;  
y me meto en esta sala!

EDUAR. (Sin duda la dejó abierta  
esa pícara criada.)

MARIANO. ¡Conque tú eres mi sobrino?

EDUAR. ¿Cómo?

MARIANO. Mariano Igualada  
soy yo, que por conoceros  
he venido de la Habana.

EDUAR. ¿Es posible?

MARIANO. Y tan posible.

Dame un abrazo, ¿qué aguardas?

EDUAR. ¡Querido tío!

MARIANO. ¡Por vida!  
por criado de la casa  
te tomé.

EDUAR. Si, no es extraño...

MARIANO. ¿Y mi sobrina?

EDUAR. Está mala.

MARIANO. ¿Cosa de cuidado?

EDUAR. No:  
los nervios... pronto se pasa.

MARIANO. Como te ví tan casero...  
perdona que te tomara...

EDUAR. La chica se ha despedido;

Matilde está delicada  
y traía el chocolate  
para ella.

MARIANO. ¡Tiene gracia!  
¡y me lo he tomado yo!

EDUAR. No importa; voy á llamarla.

MARIANO. Hombre, si; que deseo verla,  
si su enfermedad no es tanta  
que la impida...

EDUAR. No, señor.

Espere usted; poco tarda.

(¡A mas de la suegra el tío!  
Esto solo me faltaba.)

### ESCENA VIII.

D. MARIANO.

¡Raro reconocimiento!  
Su fisonomía es franca.  
¡Estará Matilde enferma,  
ó será este hombre un Juan Lanás?  
Segun me han dicho, son pobres;  
el aspecto de la casa,  
aunque en alto, no es malejo.  
Bien hice en volver á España.

### ESCENA IX.

DICHO, MATILDE y EDUARDO, de bata.

MATILDE. ¡Querido tío! (Abrazándole.)

MARIANO. ¡Sobrina!

¡Dame otro abrazo! ¡Qué guapa!

Ya veo no ponderaron  
los que fueron á la Habana,  
diciéndome que tenias  
muy buen talle y mejor cara.

MATILDE. Es favor que su cariño  
me dispensa.

MARIANO. ¡No, caramba!

¡Es que vales un Perú!

Si cual el rostro es el alma

harás feliz á tu esposo.

EDUAR. Es verdad...

MATILDE. Señor...

MARIANO. ¡Me agradas!

Ya que mi hermano murió  
y he tenido la desgracia  
de no verlo mas, celebro  
que hija tan bella dejara.  
¿Y tu madre, cómo está?

MATILDE. ¿No la ha visto usted?

MARIANO. ¡Lo extrañas?

EDUAR. Ya se ve.

MARIANO. Es que habia salido.

Dejé el equipaje en casa,  
y tomando bien las señas  
que me ha dado la muchacha,  
me he venido á conoceros.  
Yo dije, tal vez la hermana  
está con los chicos; mato  
con una sola pedrada  
dos pájaros, y aqui estoy.

MATILDE. No viene tan de mañana.

MARIANO. ¿Suele venir?

EDUAR. Y á menudo. (Con intencion.)

MARIANO. Me han dicho que aqui hubo danza,  
porque ella en tal matrimonio  
no era gustosa; en la Habana  
lo supe.

MATILDE. Si, se oponia...

MARIANO. Y casarte deseaba  
con un banquero.

EDUAR. ¡Es verdad!

MARIANO. Pero cuando dos se aman  
no sirven oposiciones:  
al corazon no se manda.  
Asi, habiéndose casado  
por amor, es cosa clara  
que sereis felices.

EDUAR. Si...

MARIANO. Tú serás buena muchacha,  
y cuidarás á tu esposo  
y mirarás por tu casa,

porque sé que es empleado  
de poco sueldo, y es fama  
que la mujer cuidadosa  
(Matilde se turba.)  
dobla la hacienda... ¿Estás mala?  
Es verdad que me lo dijo  
tu esposo... ¿Cómo te llamas?

EDUAR. Eduardo.

MARIANO. Me lo dijeron,  
pero ya no me acordaba.  
Es decir que sois felices.

MATILDE. Si, señor.

EDUAR. Mi dicha es tanta...

MARIANO. ¡Lo creo! Si es una moza...

MATILDE. ¡Querido tío!

MARIANO. ¡Qué guapa!  
¡También él es buen muchacho  
y tiene arrogante estampa!  
¿No hay fruto de bendición?  
porque mucho me alegrara...

EDUAR. Señor, llevamos seis meses  
de casados...

MARIANO. Cierto. Vaya,  
soy un torpe: sin embargo,  
pudiera ser que aguardaras...  
que hubiera visperas...

EDUAR. No.

MARIANO. ¿Te pones roja, muchacha?

MATILDE. ¡Tío!

MARIANO. No te ruborices;  
las mujeres que se casan  
es natural...

EDUAR. (Buen humor  
el americano gasta.)

MARIANO. Ea, pues que ya os he visto  
y no ha venido mi hermana,  
me marcho, que deseo verla.

EDUAR. ¿Tan pronto?

MATILDE. Yo que esperaba...

MARIANO. No temais, que volveré:  
quiero ver á mi cuñada;  
y esta tarde me convido



á comer en vuestra casa.  
Yo la haré que me acompañe.

EDUAR. (¡Jesucristo!)

MARIANO. En paz y en gracia  
de Dios, aquí la familia  
veré reunida.

EDUAR. (¡Ya escampa!)

MARIANO. Un abrazo, y hasta luego.

MATILDE. ¡Hasta luego, tío!

MARIANO. (Á Eduardo.) Abraza,  
y no me guardes rencor.

EDUAR. ¿Yo?

MATILDE. ¿Por qué?

MARIANO. ¡Si le tomaba  
por criado!

MATILDE. ¿Cómo?

MARIANO. (Riéndose.) ¡Si!  
Como le ví entrar en mangas  
de camisa y que traía  
el chocolate...

EDUAR. La marcha  
de la chica, y como tú  
tambien te pusiste mala.,.

MARIANO. ¡Es natural! ¡Mútuamente  
debeis cuidaros! Que nada  
aumenteis porque vengamos  
á comer, somos de casa.  
Hasta luego: ¡cuidadito!

(Váse con Eduardo, que sale en seguida.)

MATILDE. ¡Hasta luego!... ¡Qué desgracia!  
¡Venir hoy precisamente  
cuando se fué la criada!  
¡Yo no sé qué hacer! ¡Veremos  
si á Eduardo se le alcanza  
una idea que nos salve  
de esta situacion tan árdua!

(Sale Eduardo y se contemplan los dos en silencio.)

ESCENA X.

EDUARDO y MATILDE.

MATILDE. ¿Y qué hacemos?

EDUAR. ¡Qué sé yo!

MATILDE. ¡Es situacion apurada!  
Se convida, y la criada  
hoy de casa se marchó.

EDUAR. Tú le debiste decir...

MATILDE. ¿Y cómo se le decia?...

EDUAR. Que se viniera otro dia.

MATILDE. Cuando acaba de venir  
por conocerme, no creo...  
¡Bonito estuviera!

EDUAR. ¡Á ver?

¡Pues no darle de comer  
despues que venga, es mas feo!

MATILDE. Puede que un medio se halle...

EDUAR. No es muy fácil, y me pesa... (Pausa.)

MATILDE. ¿La fonda Barcelonesa  
no se encuentra en esta calle?

EDUAR. Sí se encuentra.

MATILDE. ¡Pues ya está!

Ya salimos del apuro:  
cuatro cubiertos de á duro.

EDUAR. ¿Cómo?

MATILDE. Que los suban...

EDUAR. ¡Ya!

Oye antes, Matilde mia.  
Sin ambajes ni reparo,  
hoy voy á hablarte muy claro:  
va á ser de verdades dia.  
Tengo doce mil reales  
de sueldo.

MATILDE. Bien; ya lo sé.

EDUAR. Hoy es necesario que  
conozcas bien nuestros males.  
Con este sueldo, cualquiera  
tiene un modesto pasar;  
pero no, si ha de pagar

planchadora y costurera.  
No mandando un pantalon  
para componer al sastre,  
por el único desastre  
de haber perdido un boton.  
No manteniendo criada  
que se deja á su albedrio,  
y que me pone...

MATILDE. ¡Dios mio!

EDUAR. En cuenta lo que le agrada.  
Con tal arreglo, es probado  
que mi sueldo no es bastante;  
y aunque ascienda, Dios mediante,  
viviré siempre empeñado.  
Debo al casero, al mueblista.

MATILDE. ¿Qué escucho?

EDUAR. ¡Estoy aburrido!  
y á remediar decidido  
mi situacion.

MATILDE. ¡Dios me asista!

EDUAR. Estabas acostumbrada  
á un tren que yo no tenia,  
y á mi lado no queria  
que echases de menos nada.  
Con muy pocos intereses,  
yo, que no soy petardista,  
me arreglé con un mueblista,  
al que le pago por meses.  
Por eso tienes aqui  
muebles de que aun no soy dueño;  
era halagarte mi empeño,  
porque me miraba en tí.  
Así en el gasto, hija mia,  
sin reflexionar mi estado,  
de mi sueldo desdichado  
un mes y otro no excedia.  
Y todo porque tuvieras  
algo de lo que perdiste  
cuando á mi lado viniste,  
y que no te arrepintieras.  
Tu madre nos perdonó;  
tú deslumbrarla quisiste;

con los excesos que hiciste  
nuestro empeño se aumentó.  
Fué tu afan inoportuno;  
hoy con dos duros contamos;  
á quince del mes estamos,  
y este mes trae treinta y uno.  
Asi es fuerza te responda,  
que no es posible el hacer  
que traigan para comer  
los cubiertos de la fonda.  
Que quiero economizar  
en todo y por todo; que  
de no ser asi, no sé  
donde iremos á parar.

MATILDE. ¿Conque empeñados?

EDUAR. ¡Oh! si.

MATILDE. ¡Ay, Dios! Cuando yo creia  
que á nadie se le debía...

EDUAR. Pues si se debe.

MATILDE. ¡Ay de mí!

EDEAR. ¡Mi imaginacion se afana  
por el apuro en que estoy!

MATILDE. Pues salgamos del de hoy,  
que ya veremos mañana.  
Puesto que los dos vendrán  
á comer...

EDUAR. ¡Que vengan! ¡vaya!

Comerán de lo que haya,  
ó si no lo dejarán.

Principio y postre traeré:  
el cocido, en casa está.

Con esto, y buen vino, ya  
hay comida.

MATILDE. Pero vé  
que no tenemos criada.  
¿Cómo lo hemos de guisar?  
Si tú puedes acertar...  
yo no estoy acostumbrada...

EDEAR. ¿Y yo lo estoy?

MATILDE. Yo no quiero }  
decir que tú...

EDUAR. (¡Me encocora!)

¡Solo me faltaba ahora  
transformarme en cocinero!  
Cuando tu tío llegó  
yo el chocolate traía,  
y al verme que lo servía  
por criado me tomó.  
Ahora, Matilde, imagina,  
que si me viera guisar,  
de fijo me iba á tomar  
por un pinche de cocina!

MATILDE. ¡Eduardo, si yo no quiero  
que tú descieras... mas es  
preciso... porque ya ves...  
ni aun está puesto el puchero!

EDUAR. ¡Ponlo tú!

MATILDE. Si yo supiera...

EDUAR. ¡No abría caso; ya se entiende!  
quien quiere aprender, aprende,  
y una vez es la primera.

MATILDE. Pero es fuerza, pues me obliga  
hoy mi destino inoportuno,  
que antes de ponerlo, alguno  
como se pone me diga.

EDUAR. Garbanzos, carne, agua, sal,  
chorizo y verdura, infiero  
se echa todo en el puchero;  
se cuece...

MATILDE. ¿Junto?

EDUAR. ¡Cabal!

La situación dominemos.  
Matilde, tu ingenio aguza;  
yo voy á comprar merluza;  
entre los dos la freiremos.

MATILDE. ¿Pero no pudiera ser  
que buscaras por ahí  
otra criada, y así...

EDUAR. Eso no es fácil, mujer.  
Aunque en la agencia encargara  
con toda puntualidad,  
fuera gran casualidad  
que en seguida se encontrara.  
Haz de tripas corazón,

y deja escrúpulos vanos.  
MATILDE. ¡Buenas se pondrán mis manos  
andando con el carbon!  
EDUAR. El carbon suaviza mucho;  
luego el jabon... la toalla...  
MATILDE. ¿Eduardo, te burlas? (Campanilla dentro.)  
EDUAR. Calla,  
que la campanilla escucho.  
MATILDE. Pero...  
EDUAR. Abro, que estan llamando.

## ESCENA XI.

MATILDE.

Lo que mi madre decia:  
¡Te convertirá algun dia  
en criada!... ¡Yo guisando!  
¡Yo en la cocina!... ¡Dios mio!  
Yo entre los pucheros!... ¡ah!  
no me he desmayado ya,  
porque va á venir mi tio!  
¡Aprovechas la ocasion  
para hacerme la forzosa!  
¡pero mañana tu esposa  
sabr  darte una leccion!

## ESCENA XII.

EDUARDO, MATILDE y DOÑA ANDREA.

MATILDE. ¡Mamá! (Corriendo á su encuentro.)  
EDUAR. (Tormenta tenemos.)  
ANDREA. ¡Quítate! (En tono trágico.)  
MATILDE. ¿Estás enojada?  
ANDREA. Lo estoy, ¡Me habeis engañado!  
MATILDE. ¿En qué?  
EDUAR. (Buen, rato me aguarda!)  
ANDREA. ¡Ya me sospechaba yo  
esta terrible desgracia!  
MATILDE. ¿Qué desgracia? Yo no entiendo...  
ANDREA. ¡Hija mia! ¡Hija de mi alma! (Llorando.)

EDUAR. (Hasta las suegras de rosca  
me figuro que son malas.)

MATILDE. ¡Qué sucede!

ANDREA. ¡Que vivis  
como la gente artesana!  
¡que ni aun principio comeis!  
¡de todo estoy enterada!  
¡Que el sueldo de tu marido  
para vivir no os alcanza!  
¡Que no hay tales manos puercas  
como tú me asegurabas!

EDUAR. Cierto; el jabon de familias,  
señora, es una desgracia.

ANDREA. ¡Que tiene deudas!

EDUAR. (¡Por vida!)

ANDREA. ¡Si teniéndolas, tratara  
de que tú vivieras bien,  
anda con Dios! ¡Oh! ¡qué infamia!  
¡Y para tenerte así  
te ha sacado de mi casa!  
¡Á tí, á la única hija  
de don Ramiro Igualada,  
que fué del ayuntamiento,  
que tuvo cruces y placas!...

MATILDE. Mamá, que te han engañado.

EDUAR. Señora, si no repara...

ANDREA. ¡Quién me engañaba eras tú!  
¡ya me ha dicho la criada  
que se ha despedido hoy,  
todito lo que aquí pasa!

MATILDE. Esa criada ha mentido.

EDUAR. (¡Como la pille... canalla!)

ANDREA. Si usted no tenia sueldo  
para mantener su casa,  
pudiera haber encontrado  
otra mujer, que se hallara  
á vivir de esta manera  
desde niña acostumbrada;  
y no seducir aleve  
para su suerte quitarla,  
á quien con tanto regalo  
y esmero ha sido educada!

Á este vástago precioso,  
de tan ilustre prosapia!  
¿Por qué no ha buscado usted  
para esposa una artesana  
que le fregara los platos,  
que cosiera y que planchara,  
y que en un cuarto interior  
viviera feliz y ancha?

EDUAR. Señora, usted me provoca...

ANDREA. ¿Le provooco?

EDUAR. Y se propasa;  
y me hace usted que la diga  
que es usted sola la causa  
que ocasiona de su hija...

ANDREA. ¡Qué descaró!

EDUAR. ¡La desgracia!  
Usted, que no la ha enseñado  
á ser mujer de su casa.

ANDREA. La dejara usted en la mia,  
y con un rico casada,  
hoy viviera venturosa!

MATILDE. Por Dios, mamá. (Á Eduardo.) Tú repara...

EDUAR. ¡Basta ya de humillacion!  
Al pretenderla y amarla,  
yo la dije lo primero  
el sueldo con que contaba.  
Ella me amó; al aceptar  
mi suerte determinada...

ANDREA. Ella del mundo... ¿qué sabe?  
¡Ay!... ¡no escuchó mis palabras,  
y se olvidó de su origen  
por su amor! Usted la paga  
tan terrible sacrificio,  
con tenerla aqui encerrada,  
comiendo poco... y vistiendo...

EDUAR. ¡Señora!

ANDREA. ¡Á la antigua usanza!  
¡En vez de minar el mundo  
porque de menos no echara  
lo que en su casa perdía!

EDUAR. ¡La paciencia se me acaba!  
Señora, si usted sostiene



ese boato que engaña,  
viviendo de la tramoya,  
de los enredos y trampas...

ANDREA. ¿Yo trampas?

MATILDE. (¡Ay, Dios bendito!)

ANDREA. ¡Qué insulto! ¡Matilde!... ¡Agua!  
¡Yo me ahogo!

MATILDE. Voy por ella.

(¡Eduardo!) (Ap. á Eduardo.)

ANDREA. (Abanicándose.) ¡Jesus!

MATILDE. (¡Oh! ¡calla!) (Váse.)

ANDREA. ¡Trampas yo!

EDUAR. ¡Mas que el Estado!

¡Usted que carruaje gasta  
cobrando una viudedad  
que á sostenerlo no alcanza:  
usted que ricos vestidos  
de seda con cola arrastra,  
debiéndole á la modista,  
al tendero, á la criada!

ANDREA. ¡Ay, qué infame!

EDUAR. ¡Al zapatero,  
al mueblista!

MATILDE. Aquí está el agua.

(Saliendo con un vaso)

ANDREA. Dame. ¡Me abraso!

MATILDE. ¡Mamá!

EDUAR. ¡Á la planchadora!

MATILDE. ¡Basta!

EDUAR. ¡Y en fin, hasta al carbonero  
que el carbon lleva á su casa!  
Pero hoy el deber es moda;  
hoy se lucen ricas galas,  
pidiendo á los usureros;  
y asi usted como otras varias,  
van aparentando fausto  
á la Fuente Castellana.  
debiendo hasta la camisa,  
las ligas y las enaguas!

MATILDE. ¡Eduardo, ve que es mi madre  
á quien de ese modo hablas!

EDUAR. ¡Ve, Matilde, que es tu esposo

á quien esa madre ultraja!  
Yo he pretendido casarme,  
porque mi sueldo alcanzaba  
para vivir; mi mujer,  
por no cuidar de su casa;  
por no querer ayudarme;  
por no dar una puntada,  
ocasiona el despilfarro  
que nos arruina y nos mata!

MATILDE. ¡Y á mí me culpa!

ANDREA. ¿Ves tú?  
¡Él buscaba una criada  
en su mujer!

EDUAR. No, señora.  
Mas la mujer que se casa  
debe ayudar al marido;  
¡es su obligacion!

ANDREA. ¡Qué infamia!

MATILDE. ¡Ay, mamá!

ANDREA. ¡No me escuchaste  
cuando consejos te daba!

EDUAR. ¿Qué dote dió usted á su hija  
para exigir?...

ANDREA. ¡Oh! ¡qué audacia.  
Ella, hija de un brigadier,  
que cuando vestia de gala  
con el peso de las cruces  
destrozaba la casaca.

EDUAR. (¡Ni que se hubiera colgado  
la cruz de Puerta Cerrada!)

ANDREA. ¡Ella, hija de un caballero  
tan noble!... lleno de placas...  
que fué del ayuntamiento,  
y socio ademas de varias...

EDUAR. Y secretario honorario;  
¡mas no la dejó una blanca!  
Y aunque la hubiera dejado  
un caudal en oro y plata,  
la mujer debe saber  
las haciendas de la casa;  
que aunque criadas la sobren,  
y por eso no las haga,

sabiendo como se hacen,  
sabe bien como se mandan.

ANDREA. ¡Mira el amor de tu esposo!

EDUAR. Mas que usted la quiero.

MATILDE. ¡Calla!

¿No se atreve el fementido?

ANDREA. Tú te divorcias mañana.

EDUAR. ¿Qué es divorciar?

ANDREA. Y ahora mismo

vas á salir de esta casa.

EDUAR. Señora, soy su marido,  
y usted ya en ella no manda.

ANDREA. ¡Ya se convirtió en tirano!

¡Ay! ¡hija de mis entrañas!

¡Á mí me da algo! ¡de fijo!

MATILDE. ¡Eduardo, nunca pensara  
que faltases de ese modo  
á mi madre!

ANDREA. ¡Ay! ¡Se me saltan  
las sienas! ¡Quiere que seas  
en vez de esposa, una esclava!

MATILDE. ¡No he nacido para eso!

EDUAR. ¡Señora, por Dios, no haga  
que su hija á sus deberes  
falte!

ANDREA. Usted es el que falta.  
¡Por esclavos á Guinea!  
no merece usted una alhaja...

EDUAR. ¡Que usted quiere neciamente  
que al fin al abismo caiga!  
¡Pero yo soy su marido!  
¡Yo evitaré su desgracia!  
Ésta es mi casa, ¿lo entiende?  
¡y nadie aquí la voz alza!

ANDREA. ¡Me echa, Matilde!

MATILDE. ¡Eduardo!

ANDREA. ¡Ay! ¡qué congojas! ¡qué ansias!  
(Cae desmayada.)

MATILDE. ¡Se ha desmayado! ¡Ay, mamá!  
¡No respira! ¡Qué desgracia!

EDUAR. ¡Adios, para siempre!

MATILDE. ¿Qué?

EDUAR. ¡Que me marchó de esta casa  
para no volver!

MATILDE. (Se desmaya.) ¡Jesus!

EDUAR. ¡Esta suegra es una plaga!

(Se pone el sombrero sin acordarse que está de bata, y al ir á salir por el foro, le detiene D. Mariano, que sale sin notar que estan las dos desmayadas.)

### ESCENA XIII.

DICHOS y D. MARIANO.

MARIANO. ¡Adónde vas?

EDUAR. ¡Al infierno! (váse.)

MARIANO. ¿Y vas de sombrero y bata?

Aquí debe pasar algo. (Baja á la escena.)

¡Qué miro! ¡Dos desmayadas!

Pues señor, bonito cuadro

vengo á ver desde la Habana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

D. MARIANO y EDUARDO.

MARIANO. Vamos, cálmate, sobrino;  
no es tanto el mal como piensas.

EDUAR. Si no fuera por su madre...

MARIANO. ¡Es verdad!

EDUAR. ¡Matilde es buena!

Yo lograra poco á poco  
que la razon conociera.

MARIANO. Siempre ha sido mi cuñada  
inconsiderada y necia,  
y han sido su gran defecto  
esos humos de grandeza.  
¡Pero, hombre! Yo que venia  
con tanta gana de verla,  
y me encuentro...

EDUAR. ¡Pobre tio!

MARIANO. ¡Con situacion tan patética!  
Á tí de bata y sombrero,  
y que al infierno me echas.

EDUAR. Dispéñseme usted; salia  
desesperado, y apenas  
puedo yo darme razon  
de lo que dije. Mi suegra

por un lado; mi mujer,  
que tambien me desespera...  
mi posicion, que me abruma...  
todo formó en mi cabeza  
un volcan que me abrasaba!  
Asi con la bata puesta  
y el sombrero me salí  
sin repararlo siquiera;  
tomé la calle adelante  
veloz como una saeta,  
mas noté que todo el mundo  
me miraba.

MARIANO.

¡Si era fuerza!

EDUAR.

Vi que algunos se reian:  
y que otras personas sérias  
con lástima me miraban;  
mas yo, absorto en mis ideas,  
caminaba á la ventura,  
cuando le oigo á una mozuela:  
«En semana santa estamos,  
que ya un sayon se presenta.»  
Vuelvo la cara y se rie:  
muchos la imitan, y empiezan  
á seguirme los chiquillos  
y á decirme cuchufletas.  
Entonces noto mi traje,  
que con razon los subleva;  
me avergüenzo de mí mismo;  
la gente á reunirse empieza;  
echo á correr casi ciego  
de furor y de vergüenza.  
Acá doy un pisoton;  
allá atropello á una vieja;  
aqui oigo decir: «¡qué bruto!»  
allí gritan: «¡que le prendan!»  
otro dice: «¡si es un loco!»  
—Pues á Leganés... ¡sin cuerda!  
y oyendo frases distintas  
aqui vuelvo á la carrera,  
desesperado, aturdido,  
entre silbidos y piedras!

MARIA NO. ¡Pues yo me encontré á las dos

desmayadas! Con presteza  
cogiendo un vaso de agua  
que encontré sobre una mesa,  
de tal modo las mojé,  
que conseguí que volvieran.  
Les pregunté la razón  
de aquella trágica escena,  
y entonces me refirieron  
los pormenores de ella.  
Mi cuñada renegó,  
lloró...

EDUAR. ¡Qué bendita suegra!

MARIANO. ¡Tu mujer lanzó suspiros;  
su madre, con imprudencia,  
la aconsejaba el divorcio;  
yo las di buena carena!  
Mi cuñada lamentaba  
que su hija te quisiera  
cuando tú no agradecías  
el sacrificio que ella  
hizo con darte su mano.

EDUAR. ¡Justo! Como si la oyera...  
«¡Otro gallo te cantara!...»  
exclamaria... ¡por fuerza!  
¡Siempre con ese refrán  
una y otra me atormentan!

MARIANO. ¡Comprendo! Te echan en cara...

EDUAR. Pues eso me desespera  
mas que nada: mi mujer  
porque me amaba, resuelta  
á don Jacinto Gutierrez,  
rico banquero...

MARIANO. Por señas  
que ese banquero ha quebrado.

EDUAR. ¿Cómo?

MARIANO. Lo he visto en *La Iberia*.

EDUAR. En Barcelona...

MARIANO. Es el mismo;  
pero mira, aquí se encuentra.

EDUAR. Es verdad.

(Tomando el periódico que dejó Lucía en la mesa  
en el acto segundo.)

MARIANO. Este es el suelto;  
óyle letra por letra.  
«La quiebra del rico banquero don Jacinto  
»Gutierrez, ha sido un acontecimiento que  
»ha preocupado á toda Barcelona. Su bella  
»esposa, queriendo salvar el honor de su  
»marido, le ha hecho disponer de su dote  
»para pagar sus deudas, salvando su nombre  
»del deshonor. Este rasgo de abnegacion;  
»semejante prueba de amor conyugal, es dig-  
»no del mayor elogio.»

EDUAR. ¡Pobre Gutierrez!

MARIANO. No tal.

Será dichoso por fuerza  
el hombre á quien da de amor  
su mujer tamaña prueba. ¡  
¿Conque este era el pretendiente  
que mi cuñada lamenta?

EDUAR. Sí, señor.

MARIANO. Pues si se casa  
Matilde con él, se encuentra  
con que la dura muy poco  
la decantada opulencia!  
Puede ser que este suceso  
al fin á las dos convenza:  
yo las hablaré, y veremos;  
que quizá término tengan  
la imprudencia de Matilde,  
la necedad de tu suegra!  
Que la paz del matrimonio...

EDUAR. Voy á hablarle con franqueza,  
porque siento el corazón  
hinchido de enojo y pena!  
Yo amo á Matilde...

MARIANO. ¡Lo sé!

EDUAR. ¡Con toda el alma! Y me pesa  
que ella no viva dichosa  
en nuestra dulce cadena.  
Para vivir de este modo  
y para mirarla expuesta  
á que llegue al fin un día  
que nos embarguen por deuda;



porque con tal desarreglo  
es preciso que así sea,  
prefiero, aunque de pesar  
en mi retiro me muera,  
que haya una separación  
voluntaria.

MARIANO.                   ¿En eso piensas?  
¡No señor! Ella al casarse,  
se ha obligado sin violencia  
á aceptar la posición  
de su esposo. Bueno fuera...  
Ella debe de su casa  
ocuparse en las faenas,  
y renunciar á ese fausto  
que neciamente desea!  
Déjame á mí este negocio,  
y vete; su madre llega,  
y ya verás como yo  
consigo entrarla en vereda!

EDUAR.   Pero si ella no es feliz  
á mi lado...

MARIANO.                   ¡Que lo sea!  
Conocerá la razón,  
ó si no... pero se acerca  
mi cuñada; vete.

EDUAR.                                   ¡Tío!

MARIANO. ¡Qué plomo! No te detengas.

## ESCENA II.

D. MARIANO y DOÑA ANDREA.

MARIANO. ¡Adios, Andrea!

ANDREA.                                   Tú aquí.

MARIANO. ¿Cómo está Matilde?

ANDREA.                                   ¡Mala!

¡Pobre hija mía!

MARIANO.                   Quisiera  
ya que al venir de la Habana  
he llegado á presenciar  
escenas que desagradan,  
que hablemos algo de ellas

ahora los dos... mas con calma.

ANDREA. ¡Con calma? ¡Eso es imposible!

MARIANO. ¡No, mujer!

ANDREA. ¡Es una infamia!

MARIANO. Exageras de tal modo...

ANDREA. ¡Qué exagero?

MARIANO. Si; no es tanta  
su miseria como dices.

ANDREA. ¿No?...

MARIANO. Su suerte no es tan mala.

Él la dijo con franqueza  
el sueldo con que contaba;  
de suerte que así tu hija  
no pudo ser engañada.

ANDREA. ¿Y mi hija, qué sabia?  
Lo menos se imaginaba  
que eran doce mil reales  
una fortuna.

MARIANO. No, hermana;  
de las mocitas de hoy día  
no es tan grande la ignorancia.  
Ella le aceptó gustosa  
entonces, porque le amaba.  
Para vivir bienamente  
con ese dinero basta,  
siempre que ella se haga cargo  
del gobierno de su casa.  
Siempre que conozca ella  
que no es una millonaria,  
ni duquesa, ni...

ANDREA. ¡Comprendo!  
Siempre que ella resignada  
sin criada se mantenga;  
que guise; que friegue y barra;  
que repase calcetines;  
que coja un cesto, y se vaya  
por la mañana temprano  
por la verdura á la plaza!  
¡Ella! hija...

MARIANO. ¡Si, de su padre!  
Su posición no es tan mala...  
mas si fuera necesario

que una vez lo hiciera...

ANDREA. ¡Calla!

MARIANO. Al portarse de ese modo,  
hiciera lo que Dios manda.

ANDREA. ¡Cómo! ¿mi hija?... ¡jamás!  
¡Aun vive su madre! ¡Basta!  
que solamente al pensarlo  
mi sangre hierve inflamada.  
Ella, hija de un brigadier  
lleno de cruces y placas,  
que fué del ayuntamiento,  
y que era miembro de varias  
sociedades honoríficas;  
conocido en toda España.

MARIANO. Pero que dejó á su hija  
tan pobre como las ratas.

ANDREA. Para rica la eduqué.

MARIANO. Pues ahí está su desgracia.

ANDREA. Si me hubiera obedecido,  
otro gallo le cantara.

MARIANO. Hasta las mas poderosas,  
deben gobernar sus casas;  
como vienen las fortunas,  
algunas veces se marchan;  
y entonces...

ANDREA. ¡Calla, Mariano;  
que sin tino disparatas!

MARIANO. Para querer que tu hija  
con un rico se casara,  
y no con un pobre, di;  
¿qué dote la preparabas?

ANDREA. ¿Solo la que tiene dote,  
puede ser señora?

MARIANO. Hermana...

ANDREA. ¡Ella lo es por nacimiento,  
por educacion!

MARIANO. ¡Caramba!  
Atiéndeme, y considera...

ANDREA. Yo no considero nada.  
Sin dote pudo casarse  
con un banquero, y gastara...

MARIANO. Y tú piensas que tu hija

estaba bien educada  
para casarse con él?

ANDREA. ¿Pues no ha de estarlo?

MARIANO. Te engañas.

La que con él se ha casado...

ANDREA. Si, justo, Eugenia de Lara;  
muy amiga de mi hija.

MARIANO. Quizá no tenga criadas.

ANDREA. ¿Qué no? ¡Y coches, y lacayos!  
Si tú leyeras las cartas  
que le ha escrito á mi Matilde...

MARIANO. Á ver si te desengañas.

Dime, pues; ¿ese banquero,  
no es Gutierrez?

ANDREA. Si; se llama...

MARIANO. Don Jacinto; en Barcelona.

ANDREA. Justo; allí tiene su casa.

MARIANO. Corriente: lee, y verás  
su opulencia en lo que para.

(Le da el periódico, señalándola el suelto. Andrea  
lo lee para sí con sorpresa. Pausa.)

ANDREA. ¿Será cierto?

MARIANO. Considera

que si Matilde casada  
hubiera estado con él,  
ahora necesitaba  
vivir con economía  
y hacer las cosas de casa.

ANDREA. ¡No es posible! El que vivió  
como Gutierrez, no aguanta...  
ya buscará; deberá...  
pero su mujer...

MARIANO. Le salva  
con su dote. Tu Matilde,  
como dote no llevaba,  
no podia salvarle.

ANDREA. ¡Ya!

MARIANO. ¡Y la vergüenza y la infamia!...

ANDREA. Ciertos hombres, arruinados  
valen mas, que los que ganan  
un salario miserable.  
Vivirán en buena casa,

no lo dudes; y tendrán  
sus criados y criadas;  
las quiebras de ciertas gentes...

MARIANO. Pero si sus deudas paga...

ANDREA. Para no perder el crédito,  
y para seguir la trampa.  
Su mujer, será señora  
siempre.

MARIANO. Pero repara...

ANDREA. Muy en favor de mi yerno  
te encuentro.

MARIANO. ¡Por mi desgracia;  
porque la razon conozco!  
Porque la mujer casada  
tiene que llenar deberes  
que tu hija...

ANDREA. ¡Esto faltaba!  
¡Que tú abrigues pensamientos  
tan indignos de tu raza!

MARIANO. ¡Qué raza ni qué ocho cuartos!  
Con ejecutorias rancias  
no se come, ni hacen caldo  
de tu marido las placas.

ANDREA. ¡Mi hija, que tiene tu sangre!  
¡Buen amparo en su tío halla!  
Si siempre fuiste...

MARIANO. ¿Qué fui?

ANDREA. ¡Descastado!

MARIANO. No me hagas  
que te diga lo que...

ANDREA. ¿Qué?  
¿Qué me has de decir?

MARIANO. ¡Cuñada!  
¡Tú siempre fuiste una loca!

ANDREA. ¿Yo una loca?

MARIANO. ¡Una insensata!  
¡Tú arruinaste á tu marido  
por tu afán de fausto y gala!  
¡Tú no te cuidaste nunca  
del arreglo de tu casa,  
y así enseñaste á tu hija!

ANDREA. Pues conmigo te propasas,

:

te diré que la he educado...

MARIANO. ¡Bien!

ANDREA. Como me dió la gana.  
¡Es mi hija, estamos? ¡Y yo  
si he gastado fausto y galas,  
debía mostrarme digna  
de mi esposo, que Dios haya!  
¡Era mi deber!

MARIANO. ¡Así  
jamás tuviste una blanca!

ANDREA. ¡No es cuenta tuya! Mi esposo  
ya no existe, por desgracia,  
y nadie me pide cuentas,  
ni á nadie tengo que darlas.  
Mi Matilde...

MARIANO. ¡Cumplirá  
sus deberes de casada!

ANDREA. ¡Hoy mismo saldrá de aquí!

MARIANO. ¡Qué saldrá! ¡Quién se lo manda?

ANDREA. ¡Yo!

MARIANO. ¡Quiá! Como su marido  
no se lo permita...

ANDREA. ¡Basta!

MARIANO. Basta, si; porque si no  
vamos á armar una danza...

ANDREA. Es que yo soy...

MARIANO. ¡Una loca,  
ridícula y casquivana!

ANDREA. ¡Y tú un grosero! ¡Un salvaje!

MARIANO. Si me exaspero...

ANDREA. ¡Un canalla!

MARIANO. ¡Vieja estúpida!...

ANDREA. ¡Negrero!

MARIANO. ¡Que va á sus años pintada,  
llena de moños y lazos,  
y echándola de muchacha!

ANDREA. ¡Ay! ¡ay! (Vacitando.)

MARIANO. ¡No finjas desmayos,  
que ya conozco tus mañas!

### ESCENA III.

DICHOS y MATILDE.

MATILDE. ¿Qué es esto, mamá? ¿Qué gritos?...

ANDREA. Que ha venido de la Habana  
ese judío...

MATILDE. ¡Mamá!

MARIANO. Para evitar tu desgracia,  
porque tu madre te pierde;  
porque tu esposo te ama;  
porque...

ANDREA. Quien la ama es su madre.

MARIANO. ¡Tu madre te hace ser mala!

ANDREA. ¡Como ella fuera tu hija,  
de otra manera pensarás!

MARIANO. No tal; pensara lo mismo.

MATILDE. ¡Mamá, por la Virgen santa!

### ESCENA IV.

DICHOS y EDUARDO, que al salir á la escena ve á Doña Andrea  
y se oculta.

EDUAR. (¿Qué gritos?... ¡Cielos! ¡mi suegra!

MARIANO. Lo mejor es que me vaya,  
porque si no... voy á hacer  
alguna que sea sonada. (Váse.)

ANDREA. ¡Ya lo ves! ¡Ya no es posible  
que vivas tú en esta casa!

EDUAR. (¡Qué escucho!)

MATILDE. ¡Pero, mamá,  
yo quiero con toda el alma  
á mi marido!

EDUAR. (¡Bendita!)

ANDREA. ¿Y consentirás la infamia  
de que te trate?...

MATILDE. ¡Eso no!  
Veré si por la amenaza  
consigo que busque medios,  
¡porque yo sé que me ama!

¡Pero eso de abandonarlo,  
jamás!

EDUAR. (¡Oh! ¡Matilde amada!)

ANDREA. ¡Ese hombre te ha hechizado!  
¡Cómo ha de ser! Mas repara  
que si dócil te doblegas,  
te arrepentirás mañana.

MATILDE. ¿No le digo á usted que no?

ANDREA. ¡Pues dile que te separas  
porque no puede tenerte  
como estás acostumbrada!

MATILDE. ¡Eso es!

ANDREA. ¡Justo!

MATILDE. Y él buscará  
recursos...

EDUAR. (¡Hola!)

ANDREA. Si alcanzas  
que por miedo de perderte  
te tenga como Dios manda...

MATILDE. Lo alcanzaré.

EDUAR. (¡Lo veremos!)

ANDREA. Pues voy determinada  
á dar un paso... Verás  
como al fin nuestro plan marcha.

MATILDE. ¡Ay, mamá! ¿Qué vas á hacer?

ANDREA. ¡Pronto lo sabrás; aguarda!

## ESCENA V.

EDUARDO y MATILDE.

MATILDE. ¿Adónde irá? ¡Quiera Dios  
que no haga algun desatino!

EDUAR. (¡Pues es un plan peregrino  
el que tramaban las dos!) (Sale.)

MATILDE. (¡Ah! ¡Eduardo! ¡Nos oiría?  
¡Qué guapo! Yo no le dejo;  
pero seguiré el consejo  
de mi madre.)

EDUAR. ¿Esposa mía?  
(¡Yo no sé cómo empezar!)

MATILDE. (Yo no sé cómo le digo...)



¿Qué? ¿Quieres hablar conmigo?

EDUAR. Sí, Matilde; eso quería. (Pausa.)

¡Tu madre es una imprudente!

MATILDE. ¡Eduardo! ¡Vaya un principio!

EDUAR. Y si ella no pierde ripio,  
yo no tolero...

MATILDE. ¡Detente!

Que por mas que no te cuadre  
su manera de pensar,  
asi no debes hablar  
de ella, porque es mi madre. (Pausa.)

EDUAR. Yo te tengo que decir...

MATILDE. Yo tambien tengo que hablarte.

EDUAR. Habla.

MATILDE. Puedes explicarte.

EDUAR. (Mucho me cuesta el fingir.)

MATILDE. (Le hablo de separacion,  
y él, por miedo de perderme,  
se apresura á complacerme...  
¡mi madre tiene razon!)

EDUAR. (¡Que Matilde me ama, es cierto!  
Pero la suegra es el diablo...  
de separacion la hablo  
y sus planes desconcierto!)

MATILDE. Vamos, habla.

EDUAR. Tú primero.

MATILDE. Despues de lo que ha pasado,  
y como que tú has faltado  
á mi madre, considero...

EDUAR. Pues por eso justamente  
para hablarte te buscaba,  
porque yo necesitaba  
decir lo que el alma siente.

MATILDE. Vamos, habla: yo te oiré.

EDUAR. Pues voy á hablar con el alma,  
quiero que escuches con calma.

MATILDE. Con calma te escucharé.

EDUAR. Por nuestra suerte fatal  
tendió su red el demonio,  
y asi en nuestro matrimonio  
batió sus alas el mal.  
Pasó la luna de miel,

harto pronto á la verdad,  
y la triste realidad  
la trocó en luna de hiel.  
Yo te amo del mismo modo,  
Matilde, que el primer dia;  
toda mi sangre daría  
por concedértelo todo.  
Pero si la doy me muero,  
y fuera inútil mi muerte,  
que no aliviará tu suerte  
mi sangre, que no es dinero.  
Tú no estás acostumbrada  
con estrechez á vivir,  
y nunca podrás cumplir  
tus deberes de casada.  
Yo no puedo mejorar  
mi posicion, y lo siento;  
porque esta vida es tormento  
que no puedo soportar.  
Así con el alma llena  
de incomprensible amargura,  
hoy pienso, por tu ventura,  
en romper nuestra cadena.

MATILDE. (¡Qué escucho!)

EDUAR. Por tal razon  
yo me condeno á perderte;  
que no puedo mantenerte  
conforme á tu educacion.  
En el trance en que nos vemos,  
Matilde, he determinado  
que hoy mismo... los dos de grado...

MATILDE. (¡No me ama!)

EDUAR. Nos separemos.

MATILDE. (¡Gran Dios! Y yo que creía...)

EDUAR. ¿Qué me dices?

MATILDE. (¡El ingrato!)

EDUAR. ¡Y piensa que de esto trato  
por tu bien, Matilde mia!

MATILDE. (¡Ay de mí! Yo que pensaba  
hacerle así la forzosa!)

EDUAR. (¡Me parece que mi esposa  
tal salida no esperaba!)

MATILDE. Á la verdad que ese medio...  
con mi madre volveré...

¿Pero no ha encontrado usted  
para el mal otro remedio?

EDUAR. No lo he podido encontrar;  
yo necesito una esposa...

MATILDE. ¡Ya!

EDUAR. Que me ayude hacendosa.

MATILDE. Ahí venimos á parar!

EDUAR. Y como tu educacion  
es de rica y yo soy pobre,  
por mas que el amor me sobre,  
pienso en la separacion.

MATILDE. (¡No me ama ya! ¡No! ¡Dios mio!  
y mi madre que me obliga  
á que enojada le diga...  
¿Si tendrá razon mi tio?)

EDUAR. ¿No contestas?

MATILDE. Si, Eduardo.

EDUAR. Yo pienso que aprobarás  
mi proyecto, y me darás  
la contestacion que aguardo.

MATILDE. ¡Le diré á usted, caballero,  
que su esposa le adoraba!

EDUAR. (¡Con qué gusto la abrazaba!)

MATILDE. ¡Parte usted muy de ligero!  
Si me hubiera usted querido,  
otro remedio encontrara  
que la situacion salvara,  
primero que el que ha elegido!  
Puede usted libre gozar  
las delicias de soltero...  
(¡Jesus! Contenerme quiero,  
y temo echarme á llorar.)

EDUAR. Los dos nos equivocamos  
al estrechar esta union,  
y por eso, y con razon,  
arrepentidos estamos.  
Yo necesito mujer  
que se conforme gustosa  
con ser humilde, hacendosa,  
y cumplir con su deber.

Tú necesitas marido  
de riquezas y de influjo,  
que te mantenga con lujo,  
porque siempre le has tenido.  
Aunque á mi dicha contraria,  
reconozco la razon,  
y nuestra separacion  
hoy la juzgo necesaria.

MATILDE. (No sé qué pasa por mí.)

EDUAR. ¡Se aflige! ¡Matilde mia!  
Un abrazo la daría  
si no me fuera de aquí.)  
(Váse por el foro.)

## ESCENA VI.

MATILDE.

¿Es cierto lo que escuché?  
Él con delirio me amaba,  
y hoy se decide á dejarme...  
¡Ah! ¡porque ya no me ama!  
Separarnos... ¡imposible!  
¡yo le quiero con el alma!  
¡Y para tal decision  
pienso que no he dado causa!  
¿Si tendrá razon mi madre?  
Si él en su esposa buscaba  
un ser que hiciera las veces  
de doméstica en su casa;  
un ser que le obedeciera;  
un ser á quien rebajara...  
¡Si; mi madre me lo ha dicho,  
porque mi madre me ama;  
y ella quiere que su hija  
con dignidad sea tratada!

## ESCENA VII.

MATILDE, EDUARDO y D. MARIANO con carta.

- MARIANO. (Ap. á Eduardo.)  
(Pues ahora me contarás...)  
Matilde, toma esta carta.
- MATILDE. ¿Una carta?
- MARIANO. Cuando yo  
ahora á la puerta llegaba,  
vino el cartero.
- MATILDE. ¡Ya!
- MARIANO. ¡Pues!  
este la tomó, y...
- MATILDE. (Tomándola.) Bien; gracias.
- MARIANO. (Ap. á Eduardo.)  
Está turbada Matilde.
- EDUAR. (Venga usted.)
- MARIANO. (¡Es cosa rara!)
- MATILDE. (¿Por qué me ha de parecer  
tan guapo!)
- MARIANO. ¡Pues vamos, anda!

## ESCENA VIII.

MATILDE.

Letra de Eugenia; sin duda,  
con retumbantes palabras,  
me contará que ha comprado  
un par de yeguas normandas,  
ó que da bailes magníficos!  
Si piensa que he de envidiarla  
sus riquezas y su lujo,  
á la verdad que se engaña.

«Mi querida Matilde: Siempre te he comu-  
»nicado mis penas y mis alegrías: hoy tomo  
»la pluma para referirte un pesar que cons-  
»tituye mi felicidad verdadera. Se ha cam-  
»biado completamente mi posición... Mi ma-  
»rido se ha visto en la precision de presen-

»tarse en quiebra; viendo yo que tras de su  
»ruina estaba la deshonra, le he entregado  
»mi dote, y con él ha pagado á todo el mun-  
»do. Solo hemos conservado una casita que  
»nos renta diez mil reales, y con eso vivi-  
»mos sin fausto, pero con decencia.»

Vive con diez mil reales,  
ella, que está acostumbrada...

con doce mil á nosotros,  
no hay duda, no nos alcanza.

«He despedido á mi servidumbre, y yo ten-  
»go el placer de servir á mi esposo, que hoy  
»me ama... ¡mas que nunca! Cuántas gra-  
»cias doy á mi madre, á quien Dios bendiga  
»en el cielo, porque en medio de nuestra  
»opulencia me enseñó á hacer las haciendas  
»de mi casa. Hoy las hago sin violencia;  
»¡hasta con placer! Si no fuera por eso, no  
»podríamos vivir; y el deber de la buena  
»esposa es ayudar á su marido en la adver-  
»sidad. La etiqueta y los negocios no me  
»roban hoy sus caricias. Vivimos el uno pa-  
»ra el otro: el dinero no da la verdadera fe-  
»licidad; hiciste bien en casarte por amor  
»con un pobre: ahora comprendo lo ventu-  
»rosa que vivirás á su lado.»

¡Venturosa!... ¡Esta mujer,  
después que prudente salva  
con su dote á su marido  
de la deshonra y la infamia,  
vive contenta y feliz!

¡Diez mil reales les alcanzan  
para vivir, porque ella  
arregla y cuida su casa!

Ella es una buena esposa,  
y yo... ¿qué soy? ¡Desgraciada!  
¡Eduardo tiene razón!

¡Oh! sí; ¡mi madre se engaña!  
¡Es mi deber!... ¡quiero verla,  
decirla lo que me pasa!

(Entra por la puerta izquierda, y sale con abrigo y sombrero que se pone durante los versos siguientes.)

¡Termínese esta ansiedad!  
Si Eduardo me compara  
con Eugenia... ¡no! Yo debo  
en el momento imitarla.

(Al volverse para marchar, ve á Eduardo en la  
puerta de la derecha. Ella, aturdida, se vuelve ma-  
quinalmente y coge el plumero que estará en una  
silla, y sin darse cuenta de lo que hace, empieza á  
limpiar muy de prisa todos los muebles.)

## ESCENA IX.

MATILDE y EDUARDO.

MATILDE. (¡Ah! ¡Eduardo!)

EDUAR. (¡Ella está aquí!)

MATILDE. (¡Yo no sé lo que me pasa!)

EDUAR. (¡Qué bella!)

MATILDE. (Si busca casa...)

EDUAR. (¡Oh! ¿qué hace?)

MATILDE. (¡Triste de mí!

¡Si ahora abandona á su esposa  
sin su pena reparar,  
no ha de poder alegar  
que yo no soy hacendosa!)

EDUAR. (¡Mi mujer ataviada  
de ese modo, y sacudiendo  
el polvo!... Pues no lo entiendo...)

MATILDE. (Y no viene á hablarme!... ¡Nada!  
¡Ah! yo no debo ceder...)

(Limpiando mas fuerte.)

EDUAR. (¡Es la escena deliciosa!...

¿Con eso mi cara esposa,  
que se puede proponer?)

MATILDE. (¡Y no llega! Como soy  
que si dos minutos tarda...)

(De mal humor, yendo de un lado para otro, co-  
giendo sillas, y sacudiéndolas fuertemente.)

EDUAR. (¡Con ese trágin... qué aguarda?)

MATILDE. (¡Nada le digo, y me voy!)

EDUAR. (¡Teme á la separacion!)

MATILDE. (¡Ya me voy desesperando!

- ¡Por mas que estoy traguando...  
tiene muy mal corazon!)  
(Da un golpe muy fuerte con una silla.)
- EDUAR. (Los muebles me va á romper.)
- MATILDE. (En limpiando este, me voy.)
- EDUAR. ¡Muy hacendosa está hoy  
con sombrero mi mujer!)
- MATILDE. (¡No me habla! ¡Dios bendito!  
Quiero evitar la razon  
que desbarata esta union,  
porque yo le necesito.)
- EDUAR. ¡Matilde?
- MATILDE. (¡Cielos! ¡Ya viene!  
(Volviendo á limpiar las sillas de nuevo.)  
¡Si al fin calmará mi pena?)
- EDUAR. Divertida es la faena  
que á estas horas te entretiene
- MATILDE. ¡Pues nada mas natural!  
Tanto polvo hay por aquí,  
que limpiarle decidí.
- EDUAR. Pero chica, así estás mal,  
¿no ibas á salir?
- MATILDE. ¿Yo?... ¡no! (Sin dejar de limpiar.)  
Como todas las mujeres,  
hoy atiendo á mis quehaceres,  
porque eso es lo justo.
- EDUAR. ¡Oh! (Sorprendido.)
- MATILDE. ¡Así á lo menos lo infiero,  
y extraño que te sorprendas!
- EDUAR. ¿Es moda hacer las haciendas  
con abrigo y con sombrero?
- MATILDE. ¿Con sombrero?... ¡Si; es verdad!  
me lo puse distraida... (Quitándose lo.)
- EDUAR. ¡Es la escena divertida!
- MATILDE. (¡Me aturdí! ¡Qué necesidad!)
- EDUAR. La ilusion será completa,  
si al acabar, como espero,  
para espumar el puchero  
te me vistes de etiqueta. (Riéndose.)
- MATILDE. (¡Se burla! ¡Qué intolerante!)
- EDUAR. Será cosa peregrina  
tragar en la cocina



con abanico y con guante.

MATILDE. Pues bueno; yo iba á salir;  
ví el polvo, y quise evitar...  
(¡Á que me va á hacer llorar  
mientras yo le hago reir?)

EDUAR. ¿Ahora que vas con tu madre,  
quieres hacerte hacendosa?  
Es cualidad, cara esposa,  
que pienso que no le cuadre.

MATILDE. ¿Lo sé... pero eso no quita...  
adónde te has arrimado?

EDUAR. ¿Yo?

MATILDE. ¡Si vas todo empolvado!  
(Cepillándole.)  
te limpiaré la levita.

EDUAR. (¡Es cosa particular!)  
¿Estás mala?

MATILDE. No... (Sin dejar de cepillar.)

EDUAR. Pensé...

MATILDE. ¿Por qué lo dices?

EDUAR. Porque  
hoy te ha dado por limpiar.

MATILDE. Como no, si vas así.  
Vuélvete. (¡Ay, qué mirada!  
¡Me hiciera muy desgraciada  
si se marchara de aquí!)

EDUAR. (Me está mirando á hurtadillas.)

MATILDE. (¿Me querrá?)  
(Le levanta un brazo y le cepilla por debajo.)

EDUAR. Vamos, despacha.

MATILDE. ¿Tienes prisa?

EDUAR. No, muchacha;  
es...

MATILDE. ¿Qué?

EDUAR. Que me haces cosquillas.

MATILDE. Espera; se va á caer  
(Señalando uno de la levita)  
este boton; voy al punto...  
Verás como te lo apunto...  
(Coge aguja y seda.)

EDUAR. ¡Mas si está firme, mujer!

MATILDE. ¿Que está firme? ¡No es verdad! (Cosiéndole.)

- EDUAR. Si no sabes... quién entiende...  
MATILDE. Todo en el mundo se aprende  
con fuerza de voluntad. (Muy marcado.)  
EDUAR. (No hay duda; se ha convertido.)  
MATILDE. Este está flojo tambien;  
voy asegurarlo, ven. (Cosiéndole.)  
EDUAR. ¡Vamos; estoy aturdido!)  
MATILDE. Alguno en los pantalones...  
EDUAR. No, mujer... todos estan  
muy firmes... (Vaya un afan  
de pegarme los botones.)  
(Eduardo coge el sombrero.)  
MATILDE. ¿Ahora te vas?  
EDUAR. Si; ahora voy, (Con intencion.)  
atendiendo á tu reposo...  
MATILDE. ¡Cómo! A mí...  
EDUAR. Si; que es forzoso  
que nos separemos hoy.  
MATILDE. Supuesto lo has decidido... (Turbada.)  
EDUAR. (Me da pena atormentarla;  
mas es forzoso educarla.)  
MATILDE. (¡Si se marcha, me he lucido!)  
EDUAR. (¡Su aturdimiento me alegra;  
ella me ama, y yo la adoro!  
Matilde fuera un tesoro  
si no viviera mi suegra!)  
¡Vaya, adios!  
MATILDE. Escucha.  
EDUAR. ¿Qué?  
¿Tienes que decirme algo?  
MATILDE. (¿De qué pretexto me valgo?...)  
EDUAR. Que espero.  
MATILDE. (¿Qué le diré?)  
Es que vas mal, y no quiero  
que vayas asi.  
EDUAR. Me admira...  
Que voy mal, dices?  
MATILDE. Si, mira;  
(Le quita el sombrero, y empieza á cepillarlo.)  
te cepillaré el sombrero.  
EDUAR. (¡Le ha dado por cepillar  
y sacudir... cosa rara!)

- MATILDE. Luego la gente repara,  
y comienza á criticar...
- EDUAR. Tanto afan no le merezco,  
porque al fin...
- MATILDE. ¡Qué tontería!  
(*Sigue cepillándole.*)  
Esto obligacion es mia.
- EDUAR. Con razon te lo agradezco,  
que no estás acostumbrada...
- MATILDE. Eduardo... ¡cómo ha de ser!  
Al que cumple su deber  
no hay que agradecerle nada.
- EDUAR. (¿Conocerá la razon  
y entrará en el buen camino?)
- MATILDE. (¡No me dice... pierdo el tino,  
y se arde mi corazon!  
(*Cepillando maquinalmente en un mismo lado muy  
deprisa, y próxima á llorar.*)  
¡Él no comprende mi anhelo  
y me va á desesperar!)
- EDUAR. (¡Tanto lo va á cepillar,  
que le va á quitar el pelo!)
- MATILDE. Ya está el sombrero. (*Con despecho.*)
- EDUAR. ¿Yá? (*Lo toma y va á irse.*)
- MATILDE. Espera.  
(¿Y me he de bajar á él?  
¡Es conmigo muy cruel!)
- EDUAR. ¿Qué querias? (*Con malicia.*)
- MATILDE. Nada; era...
- EDUAR. ¿Tengo polvo en otra parte?  
¿Acaso las botas?...  
(*Presentándole el pie para que le limpie.*)
- MATILDE. (*Contrariada.*) ¡No!
- EDUAR. ¿Entonces, qué quieres?
- MATILDE. Yo...  
quiero... que tengo que hablarte.
- EDUAR. ¡Acabaremos! ¿Por qué  
no lo has dicho ya? Te escucho.
- MATILDE. ¿Pues no ves que sufro mucho?
- EDUAR. ¿Que tú sufres?
- MATILDE. (*Próxima á llorar.*) ¡Ya se vé!
- EDUAR. ¿Y cuál es la causa, dí?

MATILDE. ¡Porque tú eres un ingrato!  
Quieres dejarme...

EDUAR. Yo trato...

MATILDE. Cuando padezco por tí.

EDUAR. ¡Matilde!

MATILDE. Ya he conocido  
que á mi deber he faltado;  
que para estar agraviado  
sobrada causa has tenido.

EDUAR. ¿Será verdad? ¿Á quién debo?...

MATILDE. Al ejemplo de mi amiga.

Lee esa carta; ella te diga  
lo que á decir no me atrevo.

(Le da la carta de Eugenia; y él lee para sí, mien-  
tras dice aparte.)

(Mi madre se equivocó  
por su amor exagerado;  
lo que ella no me ha enseñado  
hoy debo aprenderlo yo.

Ya mi enmienda he decidido;  
con ella tendré el placer  
de cumplir con mi deber  
y agradar á mi marido!)

EDUAR. ¡Matilde, todo lo entiendo!

¡Tú tienes buen corazón!

¡Tú conoces la razón  
de lo que estamos sufriendo!

¡Yo dejarte no quería,  
que eres mi bien, mi destino!  
Solamente al buen camino  
conducirte pretendia.

Á mas que yo desde allí  
oí tu conversacion;  
tú ibas de separacion  
á hablarme.

MATILDE. ¿Escuchaste?...

EDUAR. Si!

Estabas determinada  
á amenazarme... y no en vano  
te he ganado por la mano  
Adelanté la jugada.

MATILDE. ¡Qué pícaro!... Y yo creí...

- ¡pues no me has dado mal susto!
- EDUAR. ¡Matilde!
- MATILDE. Has tenido el gusto...
- EDUAR. No...
- MATILDE. ¡De burlarte de mí!  
¡Pero me quieres?
- EDUAR. ¡Te adoro!  
¡Y sin tú no viviría!  
¡No soy pobre, vida mia,  
porque eres tú mi tesoro! (Abrazándola.)
- MATILDE. ¡Ay! ¡Qué peso me has quitado,  
Eduardo, del corazón! (Transición.)  
¡La voz de separación  
queda prohibida!
- EDUAR. ¡Aprobado!

## ESCENA X.

DICHOS y D. MARIANO, puerta derecha.

- MARIANO. ¡Muy bien! ¡Me place!
- MATILDE. ¡Mi tío!
- MARIANO. Que desde allí os escuchaba,  
y comprendo que os queréis...
- EDUAR. ¡Oh! ¡mucho!
- MARIANO. ¡Con toda el alma!  
Por lo tanto vuestra suerte...
- MATILDE. Yo pretendo mejorarla;  
hasta que pagues tus deudas,  
pasaremos sin criada.  
Dispensarás si al principio  
no hago las cosas de casa  
muy bien; pero con el tiempo  
procuraré darme maña.
- EDUAR. ¡Oh! ¡Matilde! ¡Qué dichoso  
me haces hoy con tus palabras!
- MARIANO. Vuestras deudas pagaré;  
tomarás una criada,  
y con ella aprenderás  
y cuidarás de tu casa.  
Si tú cumples como debes,  
haciendo lo que Dios manda...

soy rico, y no tengo hijos...  
portarse bien, y...

MATILDE.

¡Tío!

EDUAR.

¡Gracias!

MATILDE. Pues para dar una prueba  
de que ya estoy enmendada,  
voy á empezar al instante  
la limpieza de la casa. (Váse foro izquierda.)

## ESCENA XI.

D. MARIANO y EDUARDO.

MARIANO. ¿Adónde va?

EDUAR.

¡Si es un ángel!

(Campanilla dentro.)

MARIANO. Ella cumplirá... mas llaman:  
voy á abrir; no vayas tú,  
que puede ser mi cuñada. (Váse.)

## ESCENA XII.

EDUARDO.

¡Mi suegra! Mucho me temo  
que se arme una nueva danza!

¡Si se arrepiente Matilde  
de su enmienda... Dios me valga!

(Se oye disputar á Mariano y á doña Andrea.)

¿No lo dije? ¡Ya hay cuestion!

¡Si esta suegra es una plaga!

## ESCENA ÚLTIMA.

EDUARDO, D. MARIANO, DOÑA ANDREA, y á poco MATILDE,  
con delantal puesto y una escoba en la mano.

ANDREA. ¡Mentira! ¡Es una impostura!

MARIANO. No tal; verás como ella,  
que es tan dócil como bella,  
alivia su desventura.

MATILDE. ¡Mi madre! (Asustada al verla.)

ANDREA. ¡Qué miro! ¡horror!

MATILDE. Esto es, mamá, que me allano...

ANDREA. ¡Con una escoba en la mano!

MARIANO. Y aun le falta el cogedor.

ANDREA. ¡Tú en esa facha! ¡oh! ¡bajeza!

EDUAR. Señora, es que ha conocido...

MARIANO. ¡Quiere llevar su apellido  
tan ilustre, con limpieza!

ANDREA. Y te obligan... ¡oh! ¡baldon!

MATILDE. No, mamá; si es que yo quiero...

MARIANO. ¡Y va á espumar el puchero!

ANDREA. ¡Jesus!

MARIANO. ¡Y echará carbon!

ANDREA. ¡Descenderás de ese modo!  
Y tu altivez no repara...

EDUAR. Que como Eugenia de Lara  
ella debe hacerlo todo.

ANDREA. ¡Vamos, me la han hechizado  
los viles! ¡Qué villania!

MATILDE. ¡No lo creas, mamá mia!  
Es mi deber... me he casado...

ANDREA. ¡Ay! Si alzara la cabeza  
tu padre desventurado,  
y viera que han mancillado  
su apellido y su nobleza!  
¡El horror que mi alma arroba  
de nuevo le asesinara,  
cuando á su hija mirara  
con esa prosáica escoba!

MARIANO. Ella por su educacion,  
debiere guardarte encono.

MATILDE. Yo á su cariño perdono  
su falta de prevision.

ANDREA. ¡Pues no dice me perdona!  
¡Esto es horrible! ¡Hija impia!  
¡Porque mucho te queria  
no te quise hacer fregona!  
¡Adios! ¡adios! ¡Desde hoy  
no cuentes que tienes madre!  
¡Si pudiera ver tu padre  
lo que yo mirando estoy!

MARIANO. Pues cuando llegues á ver

fregando platos...

ANDREA. ¡Dios mio!

MARIANO. ¡Y guisando!

ANDREA. ¡Calla, impio!

MARIANO. ¡Á la hija del brigadier!

ANDREA. Tú, infame, das al olvido. .

MATILDE. No doy al olvido nada;  
es mi deber de casada  
ayudar á mi marido.

EDUAR. ¡Bendita!

MARIANO. ¡Mujer!

ANDREA. ¡Atrás!

¡Mulato infame!

MARIANO. Yo soy...

ANDREA. ¡Mala hija! Ya me voy  
para no volver jamás. (Váase)

MATILDE. ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Tu pena calma!

MARIANO. ¡Su perdon te otorgará  
cuando se convenza!

MATILDE. ¡Ah!

¡Su dolor me llega al alma!

EDUAR. Su mal entendido amor  
y su excesiva ternura  
causaron tu desventura,  
y hoy motivan su dolor.  
Por lo mismo no repara  
que al hallarte en este estado,  
si bien te hubiera educado,  
otro gallo te cantara.

FIN.



*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice, con la supresion hecha.*

*Madrid 23 de Setiembre de 1865.*

El censor de teatros,  
NARCISO S. SERRA.

NOTA. *Queda suprimido lo marcado por el Censor.*

EL AUTOR.



# OBRAS DRAMÁTICAS

DE

## DON ENRIQUE ZUMEL.

- PENA DEL TALION..... Drama en cinco actos, en prosa.
- CAPILLA DE SAN MAGIN... Drama en cuatro actos, en verso.
- PILOTO Y EL TORERO..... Juguete cómico en un acto, en verso.
- HIMENEO EN LA TUMBA.... Drama de magia en cuatro actos, en verso
- WILLERMO SAKSPEARE..... Drama en cuatro actos y prólogo, en verso.
- LA DEUDA Y UNA VENGANZA.. Drama en cuatro actos, en verso.
- ENRIQUE DE LORENA..... Drama en cinco actos, en verso.
- ENRIQUE DE LORENA (2.<sup>a</sup> parte). Drama en cinco actos, en verso.
- LA MALDICION..... Pensamiento dramático en un acto, en verso.
- UN VALIENTE UN BUEN MOZO.... Juguete en un acto, en verso.
- EL GITANO AVENTURERO..... Comedia en tres actos, en verso.
- UN SEÑOR DE HORCA Y CUCHILLO. Drama en tres actos, en verso.
- LA BATALLA DE COVADONGA... Drama en tres actos, en verso.
- LOS LORIAS DE ESPAÑA..... Drama en cuatro actos, en verso.
- LA EPA LA CIGARRERA..... Zarzuela en un acto, en verso.
- 200 MUJERES POR DOS CUARTOS. Disparate cómico en un acto, en prosa.
- EL LEGÓ EN MARTES..... Juguete cómico en un acto, en verso.
- EL TRASPASO..... Juguete cómico en un acto, en verso.
- VIVIR POR VER..... Zarzuela en tres actos, en verso.
- ¿QUI ESTOY YO..... Zarzuela en un acto, en verso.
- LA CASA ENCANTADA..... Zarzuela en dos actos, en prosa.
- EL SEGUNDO GALAN DUENDE... Comedia en tres actos, en verso.
- UN COJERA DE PERRO Y LÁGRIMAS
- DE MUJER, NO HAY QUE CREER. Comedia en un acto, en verso.
- ¿MAYA UN LIO..... Juguete cómico en un acto, en verso.
- DIEGO CORRIENTES (Segunda parte.) (Segunda edicion.)..... Drama en tres actos, en verso.
- LA GRATITUD DE BANDIDO.... Drama en un acto, en verso.
- ¿OSÉ MARIA..... Drama en siete actos, en verso.
- ¿QUIEN MAL ANDA MAL ACABA (Se-

- gunda parte de José María)..... Drama en tres actos y en verso.
- LA VOZ DE LA CONCIENCIA.... Drama en tres actos, en verso.
- EL DESEADO PRÍNCIPE DE ASTURIAS..... Loa, en verso.
- L. N. B..... Juguete cómico en un acto, en prosa.
- LOS GUANTES DE PEPITO... . Juguete cómico en un acto, en prosa.
- IMPERFECCIONES..... Juguete cómico en un acto, en prosa.
- UN REGICIDA..... Comedia en un acto, en verso.
- VIVA LA LIBERTAD!..... Juguete cómico en tres actos, en verso.
- ÁBRAME USTED LA PUERTA.... Juguete cómico en un acto, en prosa.
- EL MUERTO Y EL VIVO. .... Juguete cómico en tres actos, en verso.
- LAURA..... Melodrama en tres actos, en verso.
- SERÁ ESTE?..... Juguete cómico en un acto, en prosa.
- SI SABREMOS QUIÉN SOY YO?..... Juguete cómico en tres actos, en prosa.
- LAS RIENDAS DEL GOBIERNO.... Juguete cómico en tres actos y en verso.
- DOÑA MARIA LA BRAVA..... Drama histórico en tres actos y epílogo.
- LA HIJA DEL ALMOGÁVAR..... Drama en tres actos y en verso.
- OTRO GALLO LE CANTARA..... Comedia en tres actos y en verso.
- BATALLA DE DIABLOS..... Comedia de magia en tres actos y en verso.

## OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- LOS DOS GEMELOS..... Novela original en un tomo.
- EL AMANTE MISTERIOSO..... Novela original en un tomo.
- AMORES DE FERROCARRIL..... Leyenda original.
- LA BATELERA..... Poema original.

1.  
8.  
de pájaro  
juelas.  
lonia.  
Emparedada.  
o.  
tiende, ó un hom-  
a nobleza.  
o lo que reluce.  
nmienda.  
vuelo.  
el.  
las de honor, o el  
del Cid.  
del jardín.  
Hero es D. Dinero.  
les.  
igo, ó la conquis-  
el Coronel!...  
abarca.  
mia!  
utor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo

Su imagen.  
Se salvo el honor.  
Santo y pecana.  
San Isidro (*Patron de Madrid*).  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena.  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuracion femenina.  
Un domine como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco.  
Uno de tantos.

Un marido en suerte.  
Una leccion reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato á quemaropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitancia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de córte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicidal!  
Un marido cogido por los cabe-  
llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la  
Serrania de Ronda.

## ZARZUELAS.

loro.  
a ley.  
itana.  
ó el Alcalde pro-  
a ópera.  
y maja.  
rtelano.  
arruecos.  
tonera.  
o.  
cnaval.  
na lirico.)  
la Rioja (*Música*)  
etorieres.

El mundo á escape.  
El capitan español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.  
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música*).  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la córte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones  
de Edimburgo.  
La Jardinera. (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo

# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujc
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almeria.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andr
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é h
Burgos.....	Hervias	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorcá.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y com
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodrigue
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérída.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.